

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS: EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

Seis meses. 45 »
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Latierre, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS: EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 »
Un año. 38 »



— Escucha, joven, la dijo con una voz que la cólera hacia temblar. (Pág. 484, columna 3.ª)

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URBACA.

(Continuacion.— Véase el n.º 30).

— No sé lo que quiere V. decir, señora, repuso la joven candidamente.

— ¡Insensata! que juegas con la leona próxima á devorarte! No finjas por mas tiempo una ignorancia que no puede lograr engañarme. Si no has adivinado aun mi nombre, voy á decirtelo. Soy doña Maria, ¿lo oyes? aquella á quien las gentes llaman tambien la Linda. ¿Me comprendes ahora?

— No señora, contestó doña Rosario con una franqueza que conmovió á su perseguidora, á pesar suyo; que yo sepa, nunca he oido pronunciar ese nombre.

— ¿Será cierto? dijo la Linda con acento de duda.

— Se lo juro á V.

Doña Maria comenzó á recorrer con paso apresurado la habitacion.

Doña Rosario cada vez mas sorprendida, miraba á hurtadillas á aquella mujer, sin poder definir la emoci6n que su presencia y el sonido de su voz la hacian experimentar. No era temor, menos aun alegria, sino una mezcla incomprendible de tristeza y de júbilo, de compasion y de terror; un sentimiento indefinible que, lejos de causarla aversion, la atraia hacia aquella cuyos odiosos proyectos no eran ya un secreto para ella, y de la que sabia que tenía que temerlo todo.

¡Simpatia singular! lo que doña Rosario experimentaba hacia la Linda, esta lo sentia tambien hacia aquella. En vano llamaba en auxilio suyo todos los motivos de queja que creia tener contra el hombre á quien queria herir en la joven; en los pliegues mas ocultos de su corazon, una voz cada vez mas fuerte le hablaba en favor de aquella á quien se disponia á sacrificar á su odio. Cuanto mas procuraba dominar este sentimiento, de que no acertaba á darse cuenta, mas y mas

sentia que sus esfuerzos se estrellaban impotentes. En fin, se hallaba próxima á enternecerse.

— ¡Oh! murmuró con rabia, ¿qué pasa dentro de mí? voy á dejarme dominar por las lágrimas de esta criatura miserable?

Asi como esos guerreros indios que, atados al poste de la sangre, cantan sus proezas para escitarse á sobrellevar valerosamente los tormentos que sus verdugos les preparan en silencio, la Linda evocó el recuerdo palpitante de todos los ultrajes con que la habia abrumado D. Tadeo; y con la mirada chispeante y los labios temblorosos se detuvo bruscamente delante de doña Rosario.

— Escucha, joven, la dijo con una voz que la cólera hacia temblar; esta vez es la primera y será la última que nos encontramos frente á frente. Quiero que sepas de un modo positivo por qué te aborrezco tanto. Lo que vas á saber, quizás sea para ti mas tarde un consuelo que te ayudará á sobrellevar con valor los dolores que te reservo, añadió con una risa de demonio.

— Ya escucho á V., señora, contestó doña Rosario con angelical dulzura, aunque estoy segura

de que lo que va V. á decirme, en ningun caso puede hacerme ser culpable para con V.

—¿Lo creés así? dijo la Linda con un tono irónicamente compasivo. Pues bien; escucha, que tenemos tiempo suficiente para hablar, puesto que no has de marchar hasta dentro de una hora.

Esta alusion á su próxima partida hizo estremecer á la jóven, recordando los tormentos que aquel viaje encerraba para ella.

—Una mujer, continuó la Linda, jóven, hermosa, mas hermosa que tú, débil hija de las ciudades, á la que el menor tormento dobla cual endeble caña.... una mujer, repito, se habia casado por amor con un hombre, que tambien era jóven, hermoso como el ángel malo antes de su caída, y que con palabras perfectamente doradas, abriéndola horizontes inmensos y desconocidos, habia seducido tambien á la pobre niña de los campos, que en muy pocos dias la hizo abandonar furtivamente el techo que habia cobijado su infancia, y bajo el cual habia de llamarla en vano su anciano padre hasta su muerte para bendecirla y perdonarla.

—¡Oh! eso es espantoso! dijo doña Rosario.

—¿Por qué? puesto que se casó con ella, la moral estaba satisfecha, y á los ojos del mundo aquella mujer era pura. ¡En lo sucesivo podia caminar con la frente erguida ante la multitud que habia asistido con risotadas de desprecio á su caída! Pero todo pasa en este mundo, y con mas rapidez que todo, el amor del hombre mas apasionado. Apenas hubo trascurrido un año desde su boda, cuando aquella mujer, sola en la estancia mas remota de su morada, lloraba su felicidad desvanecida para siempre. Su marido la habia abandonado. Habia nacido de la union una niña rubia, un querubín de rosados labios, en cuyos ojos se reflejaba el azul del cielo, y que era el único consuelo que en aquella inmensa desgracia la quedaba á la pobre madre abandonada. Una noche, mientras esta se hallaba sepultada en el sueño, su marido se introdujo como un ladron en su morada, y se apoderó de la niña no obstante los gritos de su desconsolada madre, que se arrastraba llorosa á sus piés implorándole por cuanto mas sagrado hay en el mundo; y despues de haber sido rechazada duramente, la desesperada madre cayó moribunda sobre las frias losas del cuarto. Aquel hombre, sin corazon y sin piedad, desapareció con la niña.

—¿Y la madre? preguntó con ansiedad doña Rosario, vivamente conmovida por aquella narracion que la Linda sabia hacer resaltar en ventaja suya.

—La madre, contestó en voz baja y entrecortada, nunca mas habia de ver á su hija; no ha vuelto á verla. ¡Ruegos, amenazas, todo lo ha empleado alternativamente y sin éxito! Entonces esa madre que adora á su hija y que daría su vida por ella; esa madre, repito, ha consagrado al hombre á quien tanto habia amado, al hombre que se mostraba desapiadado para con ella, un odio que ninguna venganza sera nunca bastante fuerte para saciar. ¿Sabes ahora el nombre de esa madre, jóven? lo sabes, ¿no? Lo ignoras, ¿no es verdad? ¡Pues bien; esa madre soy yo!.... y el hombre que la arrebató toda su felicidad, el hombre á quien odia tanto como antes le queria, á quien aborrece tanto como á un demonio, porque tiene el corazon de tal, ese hombre es D. Tadeo de Leon!....

—¿D. Tadeo?.... exclamó doña Rosario retrocediendo llena de sorpresa.

—Si, repuso la Linda con rabia, ¡D. Tadeo, tú amante!....

La jóven saltó hacia doña Maria, y cogiéndola con fuerza de un brazo y acercando su rostro inflamado de cólera hasta el de la cortesana, estupefacta por aquella energia que no sospechaba en tan delicada criatura, exclamó llena de indignacion:

—¿Qué se ha atrevido V. á decir, señora? D. Tadeo, mi amante?.... él?.... ¡Miente V., señora!

—¿Será cierto? preguntó la Linda con viveza. ¿Me habré equivocado, en efecto, tan torpemente? Pero, entonces, añadió con desconfianza,

¿quién es V.? con qué derecho y á qué titulo la conserva á V. á su lado?

—¿Quién soy, señora? contestó noblemente la jóven, voy á decirselo.

De pronto el galope precipitado de varios caballos se oyó fuera, mezclado con gritos y juramentos.

—¿Qué pasa? dijo doña Maria poniéndose muy pálida.

—¡Oh! dijo doña Rosario cruzando fervorosamente las manos, ¡Dios mio! ¿me enviaréis libertadores?

—Aun no está V. libre, le dijo la Linda con una sonrisa cruel.

El tumulto se aumentó en proporciones enormes.

La puerta, empujada con violencia desde fuera, se abrió bruscamente, y varios hombres se precipitaron dentro del cuarto.

XXXV.

EL MOTIN.

La multiplicidad de las escenas que tenemos que referir, y las exigencias de la narracion, nos obligan á abandonar á doña Rosario y á la Linda para regresar á Valdivia, donde el motin habia tomado las proporciones gigantescas de una revolucion.

Los patriotas, electrizados por la accion heroica del Rey de las Tinieblas, se batian con inaudito encarnizamiento.

Los Corazones Sombríos parecia que tenian el don de la ubicuidad. Se multiplicaban, y en todas partes se encontraban al frente de los insurgentes, escitándoles con su ademan y su voz, y sobre todo dándoles el ejemplo.

La ciudad estaba completamente cortada por barricadas, ante las cuales luchaban en vano las pocas tropas que habian permanecido fieles al general Bustamante.

Los soldados por el fuego que de todas partes dirigian contra ellos á los gritos mil veces repetidos de: ¡Viva la patria! viva Chile! viva la libertad! retrocedian paso á paso, abandonando unas en pos de otras las diferentes posiciones de que al principio de la accion se habian apoderado, y se iban formando en masa en la plaza Mayor, cuyas avenidas habian cerrado ellos tambien á su vez con barricadas.

La ciudad estaba en poder de los insurgentes, y concentrada ya en un punto la batalla, no era difícil preveer por quién quedaria la victoria, porque los soldados, desconcertados y en completo desaliento por el mal éxito de su golpe de mano, y comprendiendo que se habian constituido en campeones de una causa perdida, solo se batian ya para obtener condiciones honrosas.

Los oficiales del general Bustamante y los senadores á quienes habia comprometido para convertirlos en partidarios suyos, temblaban al pensar en la suerte que les aguardaba si caian en poder de sus enemigos. El triunfo lo justificaba todo. Desde el momento en que no le obtenian, eran traidores á su patria; y como tales no tenian derecho alguno á obtener una capitulacion honrosa. Por eso escitaban á sus soldados á que luchasen valerosamente, anunciándoles un próximo auxilio, y procuraban restituirles el valor, diciéndoles que sus adversarios solo eran pacíficos vecinos, á quienes vencerian fácilmente si querian tomar con valor la iniciativa, ó resistirse todavía algunas horas.

El general que mandaba la guarnicion, y á quien con tanta arrogancia vimos leer en la escalera del cabildo el decreto del Senado cambiando la forma del gobierno, se mordía los labios lleno de rabia, y hacia prodigios de valor para dar tiempo á que llegase el general D. Pancho Bustamante, al que, en cuanto vió el giro que tomaban las cosas, habia enviado apresuradamente una parte.

El encargado de llevarle era D. Diego, el soldado viejo tan adicto á D. Pancho.

—¡Teniente! le dijo al concluir, ya ve V. la posicion en que estamos. Es preciso que llegue V. allá, cueste lo que quiera.

—Llegaré, mi general, descuide V., contestó enérgicamente D. Diego.

—Yo procuraré sostenerme hasta que V. vuelva.

Entonces se precipitó D. Diego con la cabeza baja en medio de las filas mas oprimidas de los insurgentes, lanzando su caballo hacia adelante y haciendo girar con extraordinaria rapidez su sable en torno de su cabeza. Los Corazones Sombríos, sorprendidos por aquel ataque terrible de un hombre solo, en el primer momento se abrieron delante de él como una granada demasiado madura, incapaces de resistir al choque impetuoso de aquel demonio que parecia invulnerable, y que de cada tajo y mandoble los segaba desapiadadamente.

D. Diego aprovechó con habilidad el desorden introducido en las filas por su temerario arrebato, siguió caminando hacia adelante, y despues de esfuerzos gigantescos, logró por fin salir de la ciudad.

Tan luego como se halló en sitio seguro, la sobreescitacion febril que hasta entonces le habia sostenido, concluyó subitamente, y á pocos pasos de la puerta se vió obligado á detenerse para tomar aliento y ordenar algun tanto sus trastornadas ideas.

El viejo soldado lavó los ijares y el hocico de su caballo con un poco de agua y aguardiente, y en seguida, comprendiendo que la suerte de sus compañeros dependia de la celeridad con que llenase su mision, volvió á montar de un salto y partió con la rapidez de una flecha.

El general no habia vacilado en volver á Valdivia.

Comprendia demasiado bien la ventaja enorme que reportaria de un triunfo, y el descalabro irreparable que seria su derrota.

Vencedor, su camino hasta Santiago no seria mas que una marcha triunfal. Las autoridades de los pueblos por donde atravesara acudirian á porfia unas de otras á colocarse bajo su bandera; en vez de que si le obligaban á abandonar á Valdivia como fugitivo, se veria perseguido como una fiera, y obligado á buscar su salvacion en una fuga rápida, ya fuese á Bolivia ó á Buenos Aires, y los proyectos que alimentaba hacia tanto tiempo, y cuyo triunfo creia tener asegurado con tanta antelacion, se verian aplazados, y quizás destruidos para siempre.

Por eso el general era presa de una de esas rabias frias, tanto mas terribles, cuanto que no pueden exhalar exteriormente.

Los ginetes se adelantaban en medio de una nube de polvo que levantaba su precipitada carrera, rodando como un orbellino sobre la carretera con el ruido del trueno.

A cierta distancia, delante de los soldados, don Pancho, inclinado sobre el cuello de su caballo, con la frente pálida y los dientes oprimidos, galopaba á rienda suelta con la vista fija en los elevados campanarios de Valdivia, cuyas sombrías siluetas crecian cada vez mas en el horizonte.

A media milla de la ciudad el general detuvo su caballo.

El ruido seco del fuego de fusilería resonaba con fuerza por intervalos, y los sordos estallidos del cañon mezclaban su lúgubre voz de bajo.

La batalla continuaba.

El general se apresuró á hacer sus últimos preparativos antes de intentar un esfuerzo supremo.

Los soldados de infantería echaron pié á tierra y formaron en pelotones.

Cargaron las armas. Las tropas conducidas por el general, bajo el punto de vista de Europa, donde estamos acostumbrados á ver chocarse grandes masas, no eran muy numerosas, pues se componian cuando mas de ochocientos hombres.

Nosotros decimos que la victoria favorece á los batallones mas numerosos. En América, donde los ejércitos mas considerables no suelen ser mas que de dos mil hombres, aquella frase se modifica naturalmente, y por lo general, el mas diestro ó el mas audaz es el que queda dueño del campo de batalla.

D. Pancho Bustamante era un soldado de mucha experiencia y acostumbrado á las luchas de

las guerras civiles, que la mayor parte del tiempo solo se componen de golpes de mano audaces; dotado de un valor á toda prueba, y de una temeridad sin igual, y de una ambición inmensa, se dispuso con sangre fría á restablecer en buen estado, con un ataque irresistible, sus asuntos bastante comprometidos.

La campaña de los alrededores de Valdivia es un verdadero jardín inglés, sembrado de bosquecillos de manzanos y otros árboles frutales, de matorrales, y de riachuelos que van todos á desembocar en el río.

Le era fácil al general ocultar completamente su presencia.

Dos soldados fueron destacados como exploradores, con el fin de averiguar noticias.

Al cabo de breves instantes volvieron. Los alrededores de la ciudad estaban solitarios; los insurgentes habían llevado sus tropas al interior, y según decían los exploradores, con la imprudencia propia de vecinos transformados de improviso en hombres de guerra, no habían dejado reserva alguna, ni aun colocado centinelas para asegurar su retaguardia y estar prontos contra una sorpresa.

Estas noticias, en vez de dar seguridad al general, le hicieron fruncir el entrecejo. Adivinó una emboscada, y mientras los oficiales se burlaban de la táctica poco diestra de los insurgentes, él creyó necesario aumentar las precauciones.

Las tropas fueron divididas en dos cuerpos que en caso necesario habían de socorrerse uno á otro; y como atacaban á una ciudad enteramente cubierta de barricadas, los lanceros recibieron orden de echar pié á tierra para incorporarse con la infantería, y solo un escuadrón de unas cien lanzas quedó á caballo, oculto á unos veinticinco metros de la plaza, con el fin de sostener la retirada ó de dar una carga á los fugitivos, si la sorpresa obtenía buen resultado.

Adoptadas estas disposiciones, el general dirigió una alocución vehemente á los soldados, á quienes en caso de triunfo prometió el saqueo de la ciudad; luego se colocó al frente del primer destacamento, y dió el orden de avanzar.

Las tropas se adelantaron entonces á la manera india, guardándose detrás de los accidentes del terreno y de cada árbol que encontraban en su camino.

Así llegaron hasta un tiro de cañón de la plaza, sin haber dado la alarma.

El silencio sombrío que continuaba reinando en torno suyo, la perfecta tranquilidad de las cercanías de la ciudad, formaban un contraste lúgubre con el fuego de fusilería y el estampido del cañón que cada vez se oía mas intenso en el interior, y aumentaba la inquietud del general.

Un presentimiento sombrío le advertía que se hallaba amenazado de un gran peligro que no sabía como evitar, puesto que ignoraba de qué género era.

En aquel momento supremo toda vacilación podía producir desgracias irreparables.

El general oprimió con fuerza el puño de su espada en su mano crispada, y volviéndose hácia sus soldados, les gritó con voz sonora:

— ¡ Adelante!

El destacamento, que solo aguardaba aquella orden, se precipitó lanzando aullidos, y atravesó á la carrera el espacio que le separaba de la ciudad.

Todas las ventanas y puertas estaban cerradas, y á no ser por el ruido lejano del fuego de fusilería que se oía en el centro de la ciudad, se hubiera creído que se hallaba desierta.

No hallando el primer destacamento obstáculo alguno delante de sí, continuó su camino, y el segundo entró en pos de él.

Entonces, de improviso, por delante, por detrás y en los flancos de ambas columnas estalló á un tiempo un grito formidable, y en cada ventana aparecieron súbitamente hombres armados con fusiles.

D. Pancho Bustamante estaba cercado, y se había dejado coger como una rata en la ratonera, y perdonémosle la trivialidad de la comparación en gracia de la exactitud.

Los soldados sorprendidos al pronto, se repusieron muy luego; hicieron frente á vanguardia y á retaguardia, y se precipitaron con rabia sobre la doble barrera que les cerraba el paso.

Pero en vano se arrojaron sobre ella, pues no pudieron romperla.

Entonces comprendieron que estaban perdidos y que no tenían que esperar cuartel, y se dispusieron á morir como hombres de corazon.

El general dirigía en torno suyo miradas feroces y llenas de desesperación, buscando, aunque sin encontrarla, una salida por medio de aquel bosque amenazador de bayonetas cruzadas contra él, que le encerraban como en una red de hierro.

Algunos autores se han divertido con frecuencia á costa de las guerras y batallas americanas, donde dicen que los ejércitos cuidan muy bien de colocarse fuera del alcance del cañón, en tal manera, que nunca tienen un muerto.

Esta broma de muy mal gusto ha adquirido hoy las proporciones de una calumnia que es bueno rechazar, porque ataca á la honra de los americanos del Sur, que lo proclamamos altamente, se hallan dotados de un valor y de una intrepidez á toda prueba, valor que se mostró brillantemente durante la guerra de la independencia contra los españoles. Por desgracia, ese valor se gasta hoy en luchas fratricidas y sin convicción.

Tres veces se precipitaron los soldados sobre los insurgentes, y tres veces fueron rechazados con una pérdida inmensa.

El combate era horrible, sin trégua. Se batían al arma blanca, pié contra pié, pecho contra pecho, hasta el último aliento, no cayendo sino cuando morían.

Las tropas, diezmadas por tan espantosa carnicería, iban perdiendo terreno. El espacio que ocupaban se estrechaba cada vez mas, y no se hallaba lejano el instante en que iban á desaparecer bajo el torrente popular que iba creciendo de continuo y amenazaba sepultarlos bajo su masa irresistible.

El general reunió unos cincuenta hombres resueltos á morir ó á abrirse paso, é intentar un esfuerzo supremo.

Fué aquel un choque de gigantes.

Durante algunos minutos, las dos masas impelidas una contra otra permanecieron casi inmóviles por la fuerza misma de su empuje. D. Pancho hacia girar su espada en torno suyo, y enderezándose sobre sus estribos derribaba cuanto se oponía á su paso.

De pronto se alzó delante de él un hombre cual una roca surge del fondo del mar.

Al verle, el general retrocedió á pesar suyo, ahogando un grito de sorpresa y de rabia.

Aquel hombre era D. Tadeo de Leon.

Su enemigo mortal.

Aquel á quien ya anteriormente habia sentenciado á muerte y que, de una manera tan incomprendible, sobrevivió á su ejecucion.

A la sazón parecia que Dios le colocaba fatalmente delante de él para ser el instrumento de su venganza y causa de su ruina y de su baldon.

XXXVI.

EL LEÓN ACORRALADO.

— ¡ Dios mío! dijo el general, ¿ soy presa de una alucinación?

— ¡ Ja! ja! contestó el Rey de las Tinieblas con una risa irónica, ¿ me conoce V., general?

— ¡ D. Tadeo de Leon! exclamó D. Pancho horrorizado. ¿ Salen los muertos del sepulcro? ¡ Ah! yo esperaba que fuese falso lo que me habían anunciado. ¿ Es V.?

— Si, repuso D. Tadeo con voz sombría. No se equivoca V. D. Pancho, soy D. Tadeo de Leon, el mismo á quien mandó V. fusilar en la plaza de Santiago. Sus espías le han dado noticias exactas.

— Hombre ó demonio, exclamó el general con rabia; combatiré contigo y te haré regresar al infierno de donde has salido.

Su enemigo se sonrió desdeñosamente.

— Le ha llegado á V. su hora, D. Pancho, dijo; pertenece V. á la justicia de los Corazones Sombríos.

— Aun no me tiene V. en su poder, murmuró con violencia el general. Sabré morir con las armas en la mano.

— No. Le ha llegado á V. su hora, le digo. Nos pertenece V. y morirá; pero no con la muerte del soldado, sino ejecutado por la justicia.

— Pues bien, dijo el general, lanzando un aullido, venga V. á cogerme.

Y blandió su espada con furor.

D. Tadeo desd enó contestarle.

Hizo un gesto, y un lazo arrojado por un brazo invisible revoloteó por el aire y cayó silbando sobre los hombros del general.

Antes de que este, sorprendido por aquel ataque imprevisto, pudiese intentar una resistencia imposible, recibió un choque espantoso, perdió los estribos, fué arrebatao de su caballo y arrastrado en medio de los insurgentes.

El general, desconsolado, medio loco de dolor y de vergüenza, hacia inútiles esfuerzos, medio ahogado por el lazo que le oprimía la garganta. Su rostro habia tomado un color violado, sus ojos inyectados en sangre, parecia que querian saltar de sus órbitas, y una espuma blanquecina salía por el ángulo de sus descoloridos labios.

D. Tadeo le miró un instante con una mezcla de compasion y de triunfo.

— Quítenle VV. ese lazo corredizo, dijo, y asegúrense de su persona, aunque tratándole con las mayores consideraciones.

Los soldados, aterrados por aquella peripecia espantosa que estaban muy lejos de esperar, permanecían tristes y desconcertados, sin pensar siquiera, en medio de su estupor, en hacer uso de sus armas.

D. Tadeo se volvió hácia ellos.

— Ríndanse VV., les dijo, ríndanse VV. El hombre que les ha estraviado está en nuestro poder. Se les perdonará á VV. la vida.

Los soldados se consultaron un momento con la vista, y luego, por un movimiento espontáneo, tiraron sus fusiles gritando con entusiasmo.

— ¡ Viva Chile! viva la libertad!

— Bien, repuso D. Tadeo; salgan VV. de la ciudad y vayan á acampar á una hora de distancia fuera de puertas, en donde aguardarán las órdenes que muy luego se les transmitirán.

Los soldados vencidos volvieron á emprender con la cabeza baja el camino que habían recorrido una hora antes y atravesaron las filas silenciosas de los insurgentes que se abrieron para franquearles el paso.

D. Tadeo, sin perder tiempo, seguido de una multitud de partidarios suyos, se dirigió hácia la plaza Mayor donde continuaba la accion.

Los soldados sólidamente atrincherados en la plaza y dueños del cabildo, se batían con valor, esperando todavía el socorro que habia de llevarles el general Bustamante cuya suerte ignoraban.

Aquellas tropas, aunque reducidas á un número escaso, ocupaban una posicion formidable en donde era casi imposible forzarlas á no resolverse á sufrir pérdidas enormes.

Los soldados, en la persuasion en que estaban de que solo se trataba de ganar tiempo, luchaban con la energia de la desesperacion, defendiendo á pulgadas las barricadas que les servian de abrigo.

Sin embargo, trascurrió el dia, agotábanse sus municiones, muchos de ellos habian caído sin vida á los piés de sus compañeros, y nada les presagiaba que el socorro aguardado con tanta impaciencia estuviere próximo.

En el calor de la accion no habian oido el ruido del combate sostenido por D. Pancho en aquella parte de la ciudad, y esto con tanto mas motivo, cuanto que solo se habian hecho un escaso número de disparos, y todo pasó en seguida al arma blanca. Sin embargo, el desaliento comenzaba á apoderarse de los mas valientes, y aun el general que los mandaba sentia disminuirse su energia y dirigia miradas inquietas en torno suyo.

El senador de la proclama fatal, triste y con los ojos bajos, temblaba de piés á cabeza, y sentia, aunque háto tarde, haberse metido tan inconsideradamente en aquel avispero. Hacia los votos mas magníficos á los innumerables santos de la dorada leyenda hispano-americana si le

acaban sano y salvo del peligro en que se encontraban.

Aquel buen hombre no tenía instinto alguno belicoso, y podemos asegurarlo sin temor de ser desmentidos, si tan siquiera hubiese tenido la mas leve sospecha de que las cosas habian de tomar aquel giro, se hubiera quedado muy tranquilo en su deliciosa quinta del Cerro Azul, en los alrededores de Santiago, en donde la vida se deslizaba para él tan dulce, tan feliz, y sobre todo tan exenta de cuidados.

Desgraciadamente, como suele suceder con frecuencia en este mundo miserable, en donde por mas que desagrada á Cándido, no va todo bien, ni es en manera alguna lo mejor posible, D. Ramon Sandias, que así se llamaba el senador, no habia sabido apreciar en su justo valor los encantos de aquella vida dulce. Le mordió la ambición en el corazón, y el que nada tenia que desear, como hemos dicho, se habia metido hasta el cuello en un aviso de donde no sabia cómo salir.

A cada disparo de fusil que se oía, el pobre senador saltaba como un guanaco, con los ojos espantados. Y cuando algunas veces, no obstante las precauciones que habia adoptado, sonaba en sus oídos el silbido siniestro de una bala, se echaba boca á bajo, murmurando todas las oraciones que su memoria estraviada le recordaba.

En los primeros momentos, las contorsiones y los gritos de D. Ramon Sandias divertían mucho á los oficiales y soldados, en medio de los cuales le habia echado la casualidad, y aun se habian entretenido en aumentar sus terrores; pero al fin, como sucede con mas frecuencia de lo que se cree en tales casos, cesaron todas las bromas, y gradualmente el terror de D. Ramon se comunicó á los burlones, quienes veían con espanto que su posición era cada momento mas desesperada.

— ¡Vaya al diablo el cobarde! le dijo al fin el general lleno de cólera; ¿no puede V. temblar con menos fuerza? ¡Caramba! sosiéguese V. que nunca le matarán mas de una vez.

— Eso le es á V. muy fácil decirlo; contestó el senador con voz entrecortada. Yo no soy militar. En cuanto á V., su oficio consiste en hacerse matar, y eso le es á V. igual.

— No tanto como á V. le parece, repuso el general; pero tranquilícese V., que si esto continúa todavía algun tiempo, todos iremos por el mismo camino.

— ¿He? qué dice V.? murmuró el pobre hombre con creciente terror.

— ¡Caramba! es tan seguro como la luz del día. Si D. Pancho no se apresura á venir, moriremos todos aquí.

— Pero si yo no quiero morir! exclamó el senador prorumpiendo en llanto. Yo no soy soldado. ¡Oh! se lo suplico á V., mi querido y estimado D. Tiburcio Cornejo. Déjeme V. marcharme.

El general se encogió de hombros.

— ¿Qué le importa á V. eso? repuso el senador con voz suplicante. ¡Vaya! sálveme V. la vida! dígame por donde he de marcharme para salir de este tumulto maldito.

— Lo sé yo acaso? dijo el general con impaciencia.

— Mire V., dijo al general me debe V. dos mil pesos que le he ganado al monte, ¿no es verdad?

— Bien! ¿qué mas? dijo el general, incomodado por aquel recuerdo inoportuno.

— Sáqueme V. de aquí y se los perdono.

— Es V. un imbécil, D. Ramon. ¿Cree V. que si yo pudiese salir de aquí me quedaria?

— Quite V. allá! dijo el senador con desaliento. Es V. un falso amigo. ¡Quiere V. mi muerte y tiene sed de mi sangre!

En resumen, aquel pobre hombre estaba medio loco. Ya no sabia lo que se decia, y el terror acababa de despojarle del poco buen juicio que tenia.

Por lo demás, la posición era cada vez mas crítica. La carnicería era horrible. Los soldados caían unos despues de otros bajo los tiros de los insurgentes emboscados en los ángulos de la plaza.

Dos ó tres salidas intentadas por la tropa habian sido valerosamente rechazadas. Sin procur-

rar tomar ya una iniciativa imposible, y diezmadas como estaban, se veían obligadas á impedir tan solo que sus atrincheramientos fuesen forzados.

De pronto el senador saltó como un gamo; se precipitó hácia el general, cogió su brazo y exclamó:

— ¡Estamos salvados! gracias á Dios, ya estamos salvados!

— ¿Qué quiere V. decir, D. Ramon? qué manía le ha dado á V.? se ha vuelto efectivamente loco?

— No tengo manías, repuso con viveza el senador, no me he vuelto loco. Estamos salvados, le digo.

— ¿Cómo es eso? llega por fin D. Pancho?

— No se trata ahora de D. Pancho. Quisiera verle en las profundidades del infierno.

— ¿Pues entonces, qué hay?

— No lo sé V. ahí, detrás de la barricada que forma el ángulo de la calle de la Merced?

— ¿Y qué?

— Una bandera parlamentaria, una bandera blanca.

— ¡Galle! dijo el general con viveza, veámos! veámos!

Y miró á donde el senador apuntaba.

— ¡Es verdad, por vida mia! dijo al cabo de un instante. Vivan los cobardes para tener buenos ojos, que yo aun no la habia visto.

— Pues yo si la he visto, dijo el senador restregándose las manos muy contento y comenzando á andar con impaciencia.

En aquel momento una bala perdida fué á dar cerca de él y silbó lúgubrementemente junto á su oído.

— ¡Misericordia! exclamó cayendo boca á bajo en el suelo, donde permaneció inmóvil como si estuviese muerto, aunque en realidad no habia recibido ni un rasguño.

Entre tanto, el general habia hecho colocar, él tambien, el pabellon parlamentario en los atrincheramientos, y dado orden de cesar el fuego.

El combate estaba interrumpido. El senador, no oyendo ya ruido, levantó la cabeza como un conejo que se aventura fuera de su madriguera. Tranquilizado por el silencio que continuaba reinando, se incorporó mirando con ansiedad á todos lados, y al fin, persuadido de que el peligro habia pasado, se levantó completamente y se encontró de nuevo sobre sus piernas, que, sin embargo, se tambaleaban todavía y les costaba trabajo sostenerle.

XXXVII.

COMO PARLAMENTARIO.

Tan luego como la bandera parlamentaria fué enarbolada, cesó súbitamente el fuego por ambas partes.

Las tropas cercadas, que no esperaban ya ser socorridas, no sentían ver que los insurgentes dejaban á salvo su honor militar siendo los primeros en pedir parlamento.

El general Cornejo, sobre todo, estaba cansado del combate inútil que venían sosteniendo valerosamente desde por la mañana.

— ¡He! D. Ramon! dijo dirigiéndose al senador con tono mas cordial que el que empleara hasta entonces al conversar con él, creo haber encontrado un medio de hacer que se escape V. sin disparar un tiro. Lo convenido, convenido está, ¿no es cierto?

El senador le miró con la sorpresa de un hombre que no se acordaba ya lo mas mínimo de lo que el terror podia haberle hecho decir mientras las balas silbaban junto á sus oídos.

— No le entiendo á V., general, contestó.

— Eso es! hágase V. ahora el inocente, replicó D. Tiburcio riendo y dándole en el hombro. ¿Quiere V. persuadirnos de que es V. como los guanacos, que pierden la memoria temblando?

— ¡Juro á V. por mi honor, D. Tiburcio, dijo D. Ramon insistiendo, que no me acuerdo lo mas mínimo de haberle hecho á V. promesa alguna!

— Es verdad, es muy posible, porque tenia V. mucho miedo. Aguarde V. que yo voy á refrescar su memoria.

— Me dará V. mucho gusto.

— Algo lo dudo, pero no importa. Me ha dicho V. en este mismo sitio en que nos hallamos, aun no hace media hora, que si encontraba yo medio de buscarle á V. escapar sano y salvo, me perdonaria V. dos mil duros que le pertenecen por haberlos yo perdido contra V.

— ¿Cree V. eso? dijo el senador, en cuya alma se despertaban ya los instintos de codicia.

— Estoy seguro. Pregúntesele V. á estos señores, dijo el general volviéndose hácia algunos oficiales que le rodeaban.

— Es verdad, dijeron estos riendo.

— ¡Ah!

— Si, y como yo no queria hacerle caso, ha añadido V....

— ¡Cómo! exclamó D. Ramon dando un salto, pues sabia de mucho tiempo atrás con quien tenia que habérselas, ¿he añadido algo?

— ¡Pardiez! dijo el general, le repetiré á V. sus mismas palabras. Ha dicho V.: «añadiré mil pesos.»

— ¡Oh! es imposible! exclamó el senador fuera de sí.

— ¿Habré oído mal, acaso?

— Eso es.

— ¡Oh, no! ha dicho V. dos mil, ¡continúe! ¡imposiblemente el general!

— ¡No por cierto!.... no por cierto! exclamó D. Ramon confundido por las risotadas de los circustantes.

— ¿Cree V. que es mas? Muy bien. Por eso no hemos de regatear.

— No he dicho una palabra de eso, exclamó el senador exasperado.

— Entonces, ¿he mentido? dijo el general con tono serio frunciendo el entrecejo, y mirándole fijamente.

D. Ramon comprendió que iba por mal camino y rectificó.

— Perdone V., querido general, dijo tomando el aspecto mas afable que pudo hallar. Tiene V. mucha razon. Si, en efecto, recuerdo que fueron mil pesos lo que le prometí además.

Esta vez le tocó al general quedar lleno de sorpresa, pues la generosidad del senador, cuya avaricia era proverbial, le chocó en estremo.

Conoció que le tendian un lazo.

— Pero no me ha salvado V., dijo D. Ramon con aire triunfante.

— ¿Cómo es eso?

— ¡Pardiez! puesto que vamos á parlamentar, no tiene V. nada que ver en el asunto, y el trato es nulo.

— ¡Ah! dijo D. Tiburcio con una sonrisa burlona. ¿lo cree V. así?

— ¡Cáspita! estoy seguro de ello.

— ¡Pues bien! está V. en un error, querido amigo, y voy á hacerle á V. juez en el asunto. Venga V. conmigo. Hé ahí el parlamento enemigo que está saltando por la barricada, y dentro de un momento conocerá V. que, por el contrario, nunca se ha hallado tan cerca de la muerte como ahora.

— ¿Se chanea V.?

— Nunca me chaneo. Es cosa seria.

— ¡Esplíquese V., en nombre del cielo! exclamó el pobre senador, cuyo terror se reproducia.

— ¡Pardiez! es la cosa mas sencilla del mundo, dijo el general con indiferencia. No tengo mas que confesar al jefe de los sublevados, y crea V. que no dejaré de hacerlo, que solo he obrado en virtud de las órdenes de V.

— ¡Pero eso es falso! dijo D. Ramon lleno de espanto é interrumpiéndole.

— Ya lo sé, contestó el general con aplomo, pero como V. es senador, me creerán y le fusilarán á V. lindamente, lo cual será una lástima.

— D. Ramon quedó aterrado bajo el golpe de aquella lógica implacable. Comprendió que se hallaba en un callejon sin salida, del cual no podia evadirse sin pagar el rescate. Miró á su amigo, que fijaba en él una mirada implacablemente irónica, mientras que los demás oficiales se mordían los labios para no reirse; ahogó un suspiro y adoptando su partido, aunque de mala gana, y maldiciendo en su interior al que le esplotaba de un modo tan inicuo, le dijo:

—Pues bien, D. Tiburcio, queda convenido. Debo a V. dos mil pesos, pero yo le pagaré.

Único epigrama que se atrevió a permitirse respecto de la solvencia del general.

Pero este fué magnánimo.

No rechazó la parte ofensiva de aquella frase llena para él de intención, y muy alegre por el trato que acababa de hacer, se dispuso a escuchar las proposiciones del parlamentario que le llevaban, con los ojos vendados.

(Se continuará).

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuación.—Véase el núm. 30).

Tan pronto como Blondina se repuso del susto y sentimiento profundo que había experimentado, examinó con ávidos ojos el medallón.

Era de plata y en una de sus dos fases, se leía el nombre y apellido de Roberto Frari, mientras había grabadas en la otra las siguientes sílabas: *alidad*.

Blondina dió un grito de alegría.

¿Cómo dudar que Giorgina, aquella hermosa niña era la hija de sus entrañas?

Desde aquel momento Blondina disfrutó de alguna felicidad, considerando que ya que la Providencia la había privado de una compañera de relevantes y sublimes sentimientos, en cambio había hecho que reconociese a su hija, en aquella que ya había elegido de antemano como tal. Pasaron los años como un relámpago.

Dos años de la época en que estamos, Castell, que se dedicaba a la horticultura y a la pesca fué a la orilla del mar, desenganchó su lancha de la roca en que estaba amarrada y principió a remar.

Bien pronto un celaje que manchaba el azul del cielo tomó gigantescas proporciones y sobrevino una repentina tempestad.

La lancha flotaba como una débil cáscara de nuez entre el furibundo oleaje, y en seguida fué arrastrada hacia el interior del Adriático.

Castell soltó los remos, y sentándose cruzó los brazos decidido a morir con la calma mas imperturbable.

Después de media hora, la tempestad sopló la lancha sobre la alborotada superficie de las turbias ondas, arrojándola, por fortuna, a un islote de agreste y bella perspectiva, que se destacaba del mar en una especie de cúspide erizada de árboles.

La lancha se encajonó entre dos rocas, y Castell empapado en agua, saltó a la orilla, en donde principió a buscar un sitio en que le resguardase de la lluvia que descendía a torrentes.

Al lado de un árbol, y entre el ramaje de las maderas, vislumbró la negra boca de una gruta, y se dirigió a ella armado de un palo por si era la guarida de una fiera.

Pero ¿cuál no sería su asombro cuando, acercándose al borde, vió en el fondo una especie de figura humana que se removía en la oscuridad.

Entonces aquella figura se arrastró hasta la entrada de la gruta y Castell pudo ver que era un joven, pálido, con el cabello desgredado y casi sin conocimiento.

Tomóle en brazos y tan luego como roció la lluvia pareció despejarse.

—¿De dónde sois? preguntó Castell, conduciéndole bajo el compacto ramaje de un árbol.

—De Venecia.... respondió el joven reponiéndose y adquiriendo vigor.

—¿Ah! ¿cómo os encontráis aquí?

Los dientes del joven, cuyos vestidos estaban aun en buen uso, rechinaron como de rabia.

—¡Oh! murmuró.

Y después que hubo normalizado sus frases, perdidas con el viento aromático que se recoleaba entre el ramaje, le contó su historia con laconis-

mo, pero con exactitud, añadiendo que luego que le arrojaron del buque, se dejó llevar por el oleaje hasta aquel islote, donde hacia cuatro días que se alimentaba con tiernas raíces, pues los árboles no tenían fruto alguno. Se refugió de la tempestad en la gruta, y fuése de sus padecimientos morales o debilidad del estómago, sintió que iba ofuscándose su cabeza cuando tan oportunamente había acertado a llegar.

Escúchóle Castell con atención y se puso a reflexionar.

—¿Y no sabeis el nombre del capitán del buque? preguntó.

—Creo que se llamaba Buxtof.

—¿Buxtof? ¡Gran Dios!

—¿Qué os admira? ¿Le conoceis por casualidad?

—¡Diablo! ¡diablo! articuló Castell, como hablando consigo; hé aquí una buena coyuntura para que el signor Narvi le quite el mando del buque!

—Y luego añadió.

—Supongo que sabréis tambien cómo se llamaba el que os lanzó a las olas.

—¡Ah! en cuanto a ese no me olvidaré.... sus facciones las tengo grabadas en mi corazón... sus ojos eran grandes, su frente arrugada, sus labios sarcásticos, y parecía rayar en los cuarenta años.

—¿Pero y su nombre, y su nombre? preguntó Castell casi iniciado en un terrible pensamiento.

—Le llamaban Frari; ¿acaso le conoceis tambien?

—¡Oh Dios mío! ¡oh Dios mío! esclamó Castell juntando las manos y alzando los ojos al cielo.

—Pero añadió con prontitud.

—¿Creéis que os he salvado la vida?

—A fé de Crovertó.

—Pues bien, Crovertó, balbuceó Castell cogiendo sus manos suplicantemente, ¿quereis perdonar a ese hombre? ¿quereis perdonarle en nombre de tantos infortunios como ha sufrido?

Crovertó no respondió.

Un temblor imperceptible le agitaba los nervios; una opaca sombra le cruzó la frente y cerró los ojos como si padeciera vértigos horribles.

—¿Le perdonais? le perdonais? repetía Castell con ansiedad indefinida.

El joven fijó en los de su salvador sus ojos desencajados, y murmuró con una espresion de tremenda reconvenccion impregnada de amargura.

—No le perdono a nombre de la vida que me habeis salvado, porque yo soy bien poca cosa; pero ¡le perdono!

La tempestad había cedido, ó mas bien el cielo estaba casi limpio y las olas iban volviendo a su columpio natural.

Castell estrechó contra el corazón al joven y le suplicó que desde allí en adelante fuera solo un naufrago, sin hacer referencia de la traicion que había estado a punto de ser victima.

—Y si no tenéis familia, como decís, añadió con un acento de verdad irresistible, yo seré vuestro hermano y no nos separaremos jamás.

—Es imposible; ¿olvidais que debo salvar a la joven que arrebaté del hogar paterno?

—¡Bien, bien! ya la encontraremos!

Y tomándole de un brazo, se dirigieron a la estrecha orilla del islote, viendo, con no poca alegría, que la lancha estaba aun presa entre las dos rocas, sin haber sufrido averia de ninguna especie.

Cinco minutos después la lancha viraba hacia Venecia, rodeada de una bandada de pavos que recorrían chillando la superficie tranquila del golfo.

CAPITULO II.

RIVADEGLI SCHIAVONI.

Indicamos en el capítulo anterior que Blondina hablaba a media voz en la salita de su casa con su antiguo criado Castell, y nos faltaba añadir, que tomaba aquella precaucion para no ser oída de la joven que en aquel instante recorría las cuerdas del armonioso laud.

—No os aflijais, señora, murmuraba Castell con tono de conviccion, ¿quién asegura que al fin no disfrutaréis de la felicidad que tanto os deseo?

—¡Ay! es imposible.

—¿Imposible cuando tenemos tan bellos sentimientos de encontrarle? imposible cuando casi podemos asegurar que se halla en Venecia?

—¡Y qué! ¿No me aconsejaste que comprase un vestido y adornos imitados como cuando me quiso ahorcar en el subterráneo? y no me he ataviado con ellos? y no he recorrido todos los paseos sin que haya podido ver ni un hombre que le parezca?

—Esta tarde deberéis ir a Rivadegli Schiavoni, que la concurrencia será inmensa.

—Iré por última vez.

—No desconfieis, señora.

—¡Estoy esperando tanto tiempo!

—¡Y qué! ¿No será mayor vuestro placer después si la fortuna corona nuestros esfuerzos? no obtendréis un triunfo grato, inaudito, si vuestro marido se vuelve a enamorar de vos?

—¿Pero cómo podrá ser eso? no reflexionais que es un proyecto descabellado?

—¡Ay, señora! el corazón humano es un abismo. ¿Quién dice que vuestro marido no recuerde, puesto que os amaba, el vestido, los adornos y hasta el aire que llevabais aquella noche fatal? ¿Y creéis que, aunque vuestro semblante se oculte con el velo, no lograréis llamar su atención si la Providencia os lo depara en el paseo?

—¡Oh! yo me confundo, Castell, en las conjeturas que se agolpan a mi cabeza.

—Pues deberiais ver claro en un asunto que tanto os interesa: ¿por qué no tenéis fé? quién sino él puede tener el talento sobrado para infundir la supersticion en el pueblo ignorante? Escuchad, señora, y luego deduciréis. Dicese que lanzado Luzbel del reino celeste, por querer temerariamente nivelarse con el trono de Dios, arrastró en su caída a los ángeles como él rebeldes y soberbios. Hoy añade el pueblo que ese ángel amenazó a los cielos en su descenso rápido y atronador como el rayo, y abriendo con los pies los profundos mares, se sumergió en cavernas hoscas, fatidicas, tenebrosas, hasta llegar a un espacio en que no había luz ni tiempo.

Alzó allí la frente que arrojaba ira como un océano de fuego, levantó la diestra, en que chisporroteaban todas las pasiones, y removiendo cual un coloso omnipotente, hiriendo con las centellas de sus ojos a los ángeles que le habían seguido, soltó la voz como el eco de muchas cataratas, haciéndoles jurar con la persuasion de su elocuencia que se vengarían de Dios en la raza humana.

Y las pupilas del príncipe de las tinieblas brillaban en los densos pabellones a la manera que dos globos de fuego.

Cada demonio arrastraba una cadena que fueron a poner sus estremos en la inflexible mano de Luzbel; pero uno de ellos se quiso emancipar de su príncipe como se eliminó de Dios; engrióse, abordó con rapidez a nuestra atmosfera, y deslizándose sobre el Adriático, cayó adormido y falto de fuerzas en los alrededores del castillo Negro. Este ángel sueña, y con solo los vapores de su letargo causa mil desastres desde hace dos años, y el día que llegué a despertar, no solo arruinará el comercio de Venecia protegiendo a Génova, sino que afirmando sus islas sobre los hombros, la lanzara contra el firmamento semejante al agua que en alta mar arroja la furiosa ballena.... ¿Qué opinais, señora, de la supersticion del pueblo? añadió Castell; ¿por qué se ha fijado en Venecia y no en otra parte? por qué en el castillo Negro, que pertenece a vuestro marido, y no en el centro de Venecia? por qué hace temblar al pueblo con el temor de su tremenda venganza? no os acordais que un día ese pueblo presenció un cadalso injusto y horrible? y de quién era ese cadalso? ¡Ay, señora! me atreveria a juraros que vuestro marido es el que comete los crímenes en el castillo, y luego espárese en los paseos y en los cafés cuentos cuyo fondo misterioso nadie puede adivinar sino nosotros. ¿Por qué no le buscamos con fé? por qué

no evitamos tantos crímenes? Y sobre todo, ¿por qué no hemos de probar á hacerle feliz? no os parece que regocijariamos su corazón si supiera que habeis sido inocente, y que además le presentais á la hija que tanto debe amar, ya que la suerte no os ha deparado el hijo que llorais?

Blondina quedó pensativa.

—¿Pero y hemos de dejar sola en la casita á mi hija? repuso.

—Vuestra hija tiene una resolución admirable desde que sabe que vos sois su madre. Además, ¿no está Croverto en la huerta?

—¡Croverto es un jóven! Castell.

—Pero un jóven herido en el corazón, señora; ¿olvidais que ha encontrado en las islas los vestidos, la cabellera y las alhajas de la mujer que adoraba? ignorais que Croverto solo siente ya palpitar de ansiedad su espíritu bajo la influencia de la fraternidad?

—Es verdad, ¡pobre jóven!

—Pero vamos, señora, decidios á ir al paseo, porque la tarde desaparecerá bien pronto.

Blondina entró en la alcoba y gastó media hora en ataviarse de un modo aristocrático, pero antiguo.

Un largo y tupido velo le cubría el rostro, y cualquiera hubiera reconocido en ella una elegante del año 1583, es decir, diez y nueve años atrás.

El retroceso de moda debía llamar la atención infaliblemente en el paseo más público de Venecia.

Un cuarto de hora después, Castell condujo á Blondina en la lancha hasta el puente de Rialto, y después fueron á pie hasta la Piazzeta, donde había afluido muy poca gente.

Allí no pudo Blondina menos de sentir una especie de desvanecimiento con los recuerdos que la mortificaron.

La Piazzeta es una plaza de pequeña extensión, constituida en un recodo que da parte de la plaza de san Marcos, recodo en que estaba la puerta del jardín de la casa que había abandonado.

Ahora bien; cada vez que Blondina daba una vuelta en el paseo de la Piazzeta, vislumbraba en el recodo la puerta fatal que en tantas ocasiones se abrió para que entrase Geminiano.

Castell, que la seguía con la vista apostado en un ángulo, adivinaba las dolorosas sensaciones que se debieron suscitar en su corazón.

Blondina no pudo resistir más, y saliendo de la Piazzeta siempre seguida de Castell á una distancia regular, se dirigió á Rivadegli Schiavoni.

Era este un sólido malecón, que rodeando como una franja gran parte de la ciudad, conducía á los paseos públicos, donde se gozaba de las perspectivas más risueñas del mundo.

A través del verdoso ramaje de los árboles que formaban aquí y acullá espesos y umbrosos bosques bajo un cielo trasparente como un globo de cristal, y azul brillante como el lirio cargado con las perlas del rocío, se bamboleaban majestuosas y bellas las adormidas y armoniosas olas del mar.

Las brisas bullían entre las hojas, ráfagas de perfumes se exhalaban por doquier, sentíase el diverso, pero dulce cantar de las aves que revoloteaban sobre las aguas, y el sol, entre inflamadas nubes de coral y púrpura, desaparecía en el inmenso y esplendoroso horizonte.

Blondina se confundió en los paseos públicos con la muchedumbre, entre quienes se contaban trajes de todas partes, y se hablaban idiomas de todo el mundo.

¿Qué era ella, pequeño átomo, perdida en las playas de aquel pueblo afluente y magnífico?

Poco faltó á Blondina para decaer en su propósito cuando pasó una mirada á lo largo de aquel brillante mosaico de cabezas erguidas y llenas, al parecer, de una felicidad envidiable.

Sin embargo, cuando oyó que hablaban á su alrededor del estrambótico traje que llevaba, cuando vio que algunos ojos se fijaban en ella, siquiera con sarcasmo, esperiméntó una especie de secreto placer en el fondo del corazón por un contraste singular de su naturaleza.

De repente oyó una voz á su espalda, cuyo

timbre le penetró en el espíritu de un modo magnético y desacostumbrado.

Volvió la cabeza con velocidad y tuvo que evocar todas sus fuerzas para no caer sobre la arena del paseo.

A su lado iba un hombre vestido decentemente con traje oriental, y en cuyos labios se podía leer una sonrisa amarga.

Aquel hombre era Frari.

—¿Tendrais la amabilidad de mostrarme vuestro rostro, señora? le dijo con un tono dulce y algún tanto agitado.

Blondina no respondió, y acelerando el paso, se deslizó entre un grupo de mujeres.

Pero dos minutos después, Frari estaba á su lado.

—¡Ah, señora! qué cruel sois!.... articuló con verdadera expresión de tristeza; ¿por qué no dejais que contemple, siquiera por un instante, vuestro rostro? creéis que os voy á lisonjear si es bonito? creéis que me burlaré si la naturaleza no le dotó con los encantos de la belleza? ¡Por piedad, señora, alzáo el velo!

Blondina quiso esconderse por segunda vez; pero Frari la perseguía con ojo avizor.

—¡Pues bien! exclamó sin poder contenerse. seáis quien quiera, yo os seguiré hasta vuestra casa! yo sabré, señora, dónde vivís! ¿Me permitiréis que os manifieste la admiración que me habeis causado?

Pero no.... no.... ¿Me comprenderiais acaso? comprenderiais que me he enamorado de vuestra *ridícula elegancia*? Perdonad, señora; pero por lo mismo que ese rico vestido tiene una moda que pasó hace diez y nueve años, me he enamorado de vos.... sí, de vos, por más extraño que os parezca, de vos, por más que no haya visto vuestro rostro....

Blondina se puso una mano en el corazón y procuró desaparecer, aunque en vano, de los ojos de Frari.

—No conseguiréis vuestro intento, señora, dijo con voz alterada, porque estoy pronto á ir donde vayais.

Blondina concibió un pensamiento feliz para escapar sin que Frari pudiese seguirla.

Salió con precipitación del paseo, y tomando el único carruaje de alquiler que había, mandó al auriga que azotase los caballos, que principiaron á correr á lo largo del malecón.

Frari arrancó á correr sin cuidarse de la etiqueta, que caminaba casi en pos del carruaje.

Entonces Blondina hizo parar al cochero é invitó á Frari á que subiera en el carruaje; pero tan luego como este lo verificó, Blondina se tiró al malecón, cerrando de repente la portezuela.

Y arrojando al mismo tiempo una bolsa de piastras al cochero, gritó con todas sus fuerzas:

—¡A escape!

El carruaje rodó con una velocidad casi increíble sobre el malecón de Rivadegli Schiavoni, sin que Frari pudiera arrojarle sin esposición de recibir una herida mortal.

Castell, que había presenciado aquella escena poco seria, se aproximó á Blondina y le dijo al oído:

—¿Veis como nadie más que él puede ser el ángel malo?

Y la condujo por calles escusadas hasta el puente de Rialto, donde se embarcaron en la lancha.

CAPITULO III.

LOS CELOS.

La dote de Giorgia estaba perfectamente administrada; Blondina atendía á los negocios, Castell era el encargado de surtir de pesca á aquella pequeña sociedad, y Croverto concretaba sus funciones á los quehaceres rurales. De esta manera, distribuidas las ocupaciones y obrando con buena fé, parecía que debían ser felices.

Pero la felicidad es como una hermosa flor que se marchita á la sola influencia de una mirada.

Blondina lloraba bordando, Castell suspiraba cuando volvía los ojos á lo pasado, Croverto andaba taciturno y como abstraído, y Giorgia bus-

caba un reposo sin duda en la armonía de su laud.

Mientras que Castell y Blondina paseaban en Rivadegli Schiavoni en busca de Frari, Giorgia sentada á la reja, acompañándose con el laud, entonaba dulces y tiernas canciones.

Luego ahogaba su voz en el pecho y deslizaba los dedos con descuido entre las sonoras cuerdas del instrumento.

Pero el instrumento llegaba también á enmudecer, y entonces se podía ver á Giorgia que metiendo la mano en su blaquísimo y palpitan seno, sacaba el medallón de plata que su madre le había colgado un día al cuello.

Estampaba besos de melancólico cariño sobre las inscripciones que tenía el medallón, y pensando en su padre, su corazón gemía.

No hay amor más sublime que aquel que se dirige hacia un objeto de que no tenemos noticia alguna; parece una paradoja, y sin embargo, se explica por esa fusión mística y armoniosa que debe reinar entre dos espíritus; lenguaje misterioso que ellos mismos no saben explicar; pero que comprenden á la manera que cierta clase de organismos adivinan la insospechable aproximación de una nube cargada de electricidad.

Dios quiso poner al amor, fuente inagotable de vida, densos velos que le hacen más deleitable.

Ese amor es infinito en sus diversas tendencias como el mismo Dios de quien es un destello purísimo.

Giorgia alimentaba en su corazón tres clases de amor, que se refundían en sí como las distintas flores que componen un ramillete.

El amor á un amigo es como una hermosa planta sin flores.

El amor á un padre es una flor que nunca se abre.

El amor á un amante es como ráfagas de perfumes que se exhalan de la tierna corola de las flores.

Giorgia tenía tres cielos, ¡dichosa ella!

Pero no hay cielo que deje empañarse con tormentos, y la dicha de Giorgia podrá ser incierta, ó cuando menos pasajera.

Escondió otra vez en su seno el medallón, y recorriendo la cuerdas del laud, se puso á cantar á media voz mientras fijaba los ojos en el disco anaranjado del sol que se hundía en el horizonte.

«El universo respira entre los reflejos de sus astros ondas de penetrantes perfumes y va á caer en su dulce letargo.

»Revolotean las aves en el cielo como las esperanzas en el alma, y prestán oído al melífluo piar de los hijuelos que las llaman desde la enramada que sostiene el apacible y tierno nido.

»La negra cabellera de la noche se estenderá sobre el azul de los espacios como una red en la tersa faz del profundo golfo.

»¿No suspiro yo también ráfagas de amor purísimo? no siento entre sus caricias adormirse el alma mía?

»¿Y por qué no vienes con la sonrisa en los labios, tú, el idolo de mi corazón?

»Yo te llamo como los hijuelos de las aves, desde un nido de inocente candor.

»¿Y no vendrás?

»Mira que la negra cabellera de la noche se estenderá sobre el azul de los espacios como una red en la tersa faz del profundo golfo de amor en que mi existencia está encantada.»

La joven brillaba de hermosura.

—Muchas veces los hechizos de las madres se regeneran en las hijas como un árbol cuyos retoños heredan la misma hoja y el mismo fruto.

Así es que Giorgia era un retrato de Blondina; pero un retrato con color, con esmalte, con esa vida juvenil que es el alma de un bello retrato.

Tenía el cabello castaño, la frente despejada y limpia; el azul diáfano de sus ojos era gracioso y henchido de relámpagos de ingenio; eran casi voluptuosas las sonrisas de languidez que vagaban como una serie de encantos en sus labios flexibles y un tanto pálidas; sus brazos mostraban las líneas más armoniosas; tenía afilados los dedos y anchos los alabastrinos y rutilantes hombros.

Su talle era esbelto, y su continente una mezcla de majestad y dulzura, de sencillez y agudeza admirable.

Los pajarillos como para responder al canto de la joven, alzaron de sus gargantas los mas apacibles y sonoros acentos.

Croverto que limpiaba una era de fresas, soltó la azada, é impulsado por un movimiento irresistible, se dirigió hacia la reja.

Pero temiendo ser descubierto, agachóse entre los arboles de la huerta y escuchó.

Nada oía. Entonces se deslizó bajo las ramas de los árboles, y así pudo llegar, sin que la joven lo notase hasta el bosquecillo de chopos que crecían al lado de la joven.

Giorgia tañó el laud. Y sus tonos vibrantes conmovieron las fibras de Croverto, que le parecía oír estasiado el arpa de los ángeles.

No había dejado de amar á Delia, pero ¿qué pasión resiste en toda su pureza de dos años de ausencia? Además Croverto se había decidido á guardar en su alma las memorias de la joven infortunada de cuya muerte estaba seguro; pero sobre aquellas memorias sagradas estampábanse todos los días los hechizos que acompañaban como una aureola la persona de Giorgia.

A medida que Croverto escuchaba los acordes del laud, se desenvolvía en su espíritu un afán desconocido, una agitación inefable.

Llegó un momento en que perdió la firmeza, y como si de repente viera claro en un pensamiento que hasta entonces le había mortificado, salió del bosque de chopos y hollando los hermosos tulipanes, se lanzó á la reja, exclamando:

—Si.... si, ¡ya te reconozco! ¿No eres tú la compañera de mi infancia? no eres tú el ángel que perdí?

Giorgia quedó admirada.

—¿Qué decís, Croverto? murmuró la joven; sin duda has visto alguna bandada de grillos que amenazan á las fresas que me tienes prometidas regalar, cuando acudes á mi tan delirante.

—Hoy no estoy de broma, replicó Croverto, te hablo con sinceridad: ¿no me quieres creer?

—¿Y cuándo no te he creído?

—Si.... si, ¡créeme Giorgia! tú eres el ángel que perdí.

—Espíciate mas claro, Croverto.

—¿No te acuerdas de tu niñez? no te acuerdas cuando ambos jugábamos en la casa que habitastes en Venecia? no te acuerdas lo que lloraste cuando mi tío nos separó?

—¡Ah!

—Si.... si.... ¡tú eres el ángel que perdí!

—¡Croverto! ¿con que tú eres mi antiguo compañero? con que tú eres el que lloré tanto? ¡Pobre Croverto!

Y le tendió la mano á través de la reja.

—Croverto grabó sobre la tez blanquísima de aquella mano un beso de inmensa adoración, creyendo en su desvario que el alma de Delia había volado con toda su inocente seducción á la existencia de aquella joven.

—¡Oh! cuánto la adoro! murmuró Croverto.

—Y yo á ti tambien, ¿no eres mi compañero?

—Giorgia, Giorgia; ese amor me va á hacer feliz.

—¡Pobre Croverto!

—¿Con que tanto me adoras?

—Si; te adoro siempre, pero no tanto como yo quisiera. ¡Ay Croverto! desde ahora, desde que sé que tú eres el que me costó abundantes lágrimas, ¿crees que no daría por ti mi existencia?

—pero, escucha, Croverto, ¿qué quieres? ya no siento á tu lado la emoción inexplicable de cuando niña; te adoro, eso sí; te adoro como un hermano.

—¿Y nada mas, Dios mio?

—No estas contento?

—Yo quiero que me ames, que me ames como mi pobre Delia, para que yo pueda amar en una sola persona á Delia y á ti.

—Giorgia dió una especie de respingo.

—¿Que te ame? exclamó casi desencajada, ¿qué significa decir que te ame? ¿Pues qué! ¿no sabes que yo te adoro á ti, á mi madre y á Cas-

tell; pero solo amo á Pietro? ¡Qué! ¿no te acuerdas ya de mi Pietro? ignoras que si amase á otro, él bajaría á la tumba? Vamos, Croverto, tu has querido decir otra cosa; toma mi mano y desenójame diciendo que te contentas con que te adore como á Castell y como á mi madre.

Giorgia pasó otra vez la mano por la reja, y Croverto la besó mudo, tétrico, pálido, casi aterrado.

Entonces, un joven que había seguido á Croverto cuando este soltó la azada en la era de fresas, salió del bosque de chopos, y oprimiéndose el corazón con ambas manos, exclamó en un acento de angustia mortal:

—¡La ha besado dos veces, Dios mio! jamás volveré á verla! ¿No habrán estado regocijando su alma con un amor que solo á mi me pertenece? ¡Ah Giorgia! no sabía que yo estaba aquí, y la he visto ponerse encarnada como si yo estuviera! ¿Qué se habrán dicho?

Y como un insensato corría hacia Venecia.

Giorgia, que había oido su acento, fijó los ojos en el bosque de chopos, y al ver que el joven huía de aquellos circuitos, gritó con toda la energía de su corazón.

—¡Pietro! Pietro mio!

—¡Gran Dios! balbuceó Croverto, aquí Pietro!

—Lo que yo siento es que no habrá oido lo que hemos hablado. ¡Ah! corred y decidle que á nadie amo mas que á él!

Y tendiendo los brazos fuera de la reja, exclamó con la espresion tiernísima que supo darle en la música.

—¿Y por qué no vienes con la sonrisa en los labios, tú, el idolo de mi corazón?

Croverto bajó la cabeza trastornado ante el amor de aquella joven, y está, sin apercibirse que Croverto se retiraba, clavó los rasgados ojos casi inagotables de lágrimas, en el claro de los árboles por donde Pietro había desaparecido.

Blondina y Castell la encontraron en aquella actitud.

(Se continuará.)

BIOGRAFÍA DE ANTONIO PEREZ.

Antonio Perez es una de esas figuras históricas, cuyos nombres solo bastan para formar la mas exacta cronología de las épocas, detallan el carácter de su siglo, descubren sus tendencias y esponen su constitucion, ya moral, ya política. Así, pues, Antonio Perez es la síntesis completa del siglo xvi. Astuto palaciego, sus intrigas y ocultas relaciones con el rey hacen de su vida un largo é interesantísimo episodio que narró por sí mismo. En efecto, nada mas curioso que sus *Memorias*. Pero lo que le obligó á coger la pluma no fué ese impulso de vanidad á que obedecen tantos otros; fué el justo deseo de rehabilitarse ante su conciencia y de legar á la severa posteridad un testimonio de su conducta contra las graves imputaciones que sobre él pesaban.

Habiendo nacido en Monreal de Ariza, y siendo hijo de un secretario de la Inquisicion, llamado Gonzalo Perez, fué presentado á Felipe II, á la edad de 25 años, por Ruy Gomez de Silva, marido de la muy noble y poderosa princesa de Evoli, la dama mas influyente de la corte, y á quien el rey distinguía con toda su confianza; confianza que algunos calificaban de amor. Una vez en la corte Antonio Perez, su posición, al par que su fortuna, crecieron súbitamente: nombróse secretario de Estado, protonotario de Sicilia, y lo que dá mas en qué pensar, empezó á percibir de la caja privada del rey una pensión de 12,000 ducados y otra de 4,000, sin que nadie reconociese la causa por la cual se había hecho acreedor á este privilegio ó retribucion, que indudablemente debía ser el precio de un servicio prestado.

Felipe II, el Prudente, como dió en llamarle el fanatismo de su época, á pesar del absoluto dominio que sobre su reino ejercía, era á su vez dominado por la irresistible seducción de la princesa de Evoli, decidida protectora de Antonio Pe-

rez, y cuyo interés por el joven patrocinado aumentaba desmedidamente y de un modo harto significativo. No se le ocultaba al buen Ruy Gomez de Silva la amorosa intimidad entre su mujer y el rey; pero vil cortésano, la ambicion y el respeto sellaban sus sentidos, seguro de burlar á Felipe mas que de ser burlado por él. Y en tanto que el interesado esposo combinaba en silencio sus planes de codicia, ufano de su penetracion, tendia satisfecho la mano á Antonio Perez, el verdadero amante favorecido de la princesa.

Ageno del engaño, nada había advertido el genio suspicaz de Felipe II: toda su desconfianza la concentraba en su hermano bastardo, D. Juan de Austria, joven intrépido, que, henchido de ambicion, queria conquistar con su espada una doble corona. El aura de que gozaba el célebre capitán en el ejército, las simpatías que había ya inspirado en algunos Estados de Europa, y la gloriosa marcha que se trazara, ponían á Felipe II en el caso de espiar de cerca su sospechosa conducta. Una de las personas que con este fin envió el rey al lado de D. Juan, fué Escobedo. Pero informado Felipe de que su proceder era totalmente opuesto al que exigía su mision, y de que, en vez de estorbar las maquinaciones de su hermano, cooperaba á ellas con todas sus fuerzas, le intimó por medio de un pliego la orden de regresar á Madrid.

En el momento de cumplir Escobedo el mandato del monarca, apercibióse de que iba á ser el blanco de su enojo, que estaba irremisiblemente perdido si no acudia á un enérgico medio de salvacion. Tendió la vista en torno suyo con avidez; pero únicamente halló recibimientos glaciales, palabras indiferentes, triste augurio de su ruina. Sin embargo, no desmayó. Notando que Antonio Perez era la persona mas allegada al rey, y por lo tanto, que mas ascendiente tendria sobre su ánimo, dedicóse á vigilarle en todos sus actos, á mezclarse en su vida privada, á unirse, en fin, á él como su sombra, y en breve alcanzó el fruto de su constancia. Antonio Perez era amante de la favorita, no le cabía ya duda alguna, y frenético de gozo, vislumbró un rayo de esperanza; pues este descubrimiento le hacia árbitro de la suerte del ministro, y no vaciló en poner en práctica su proyecto. Determinóse, pues, á exigir de Perez que intercediera por él, amenazándole con que de lo contrario compraria su vida á costa de la confianza de su abuso con el rey.

Por otra parte, Felipe II, ansioso de deshacerse de Escobedo, tiempo há que buscaba modo de paliar su muerte. Comunicó su deseo á Antonio Perez, y encomendándole el mayor sigilo, le mandó realizarlo. Una noche al volver de una esquina, Escobedo fué pasado á estocadas por seis hombres apostados al intento.

El crimen concebido por Felipe II en seguridad de su trono, lo ejecutó Perez en seguridad de su vida y del honor de la princesa. En efecto, las voces que esparcía Escobedo referentes á su convivencia amorosa con la de Evoli, empezaban ya á propalarse, y por medio de este asesinato creyó evitar á un tiempo la locuacidad del vulgo y la enemistad del rey. Disculpable es tambien el atentado de Antonio Perez, si atendemos á la posición escepcional á que le habían reducido las amenazas de Escobedo y la autoridad real en aquel tiempo de ciega sumision á la alteza constituida. Sea lo que quiera, el cielo no quiso dejar impune esta accion. La muerte de Escobedo, en vez de asegurar el porvenir de Antonio Perez, fué el origen de su perdicion, y de él es de donde surgió el largo tejido de vicisitudes y calamidades que amargaron el resto de su vida.

Al día siguiente, cuando se tropezó en la plazuela de Santiago con el cuerpo exánime de Escobedo, y en cuanto se hubo difundido por la corte la noticia, la vindicta publica probó á indagar el nombre del asesino, pensó cual fuera la persona interesada en este acto, y en breve las sospechas de muchos recayeron sobre el privado de Felipe.

Resueltos los hijos de Escobedo á vengar la muerte de su padre, é instigados por estas voces, no vacilaron en hacer demanda á Felipe contra Perez y contra la princesa de Evoli, suplen-



Georgia sentada á la reja acompañándose con el laúd, entonaba dulces canciones. (Pág. 486, columna 3.ª)

también á esta su cómplice. Tanto era, en fin, lo que este asunto preocupaba á la corte, y tanto lo que de él se decía, que los numerosos esbirros del rey lograron averiguar en parte la verdad del hecho, es decir, que Antonio Perez había muerto á Escobedo únicamente por temor de que llegaran á ponerse en evidencia sus amores clandestinos. Trémulo de coraje recibió el rey esta nueva, y mil sanguinarios proyectos de venganza se agolparon á su mente; sin embargo, lejos de prorumpir en denuestos, dominó su ira. Una calma sarcástica era la única contestación á las súplicas de la favorita, que no sabía á qué atribuir este cambio de carácter, y que pedía se reparase su honor ultrajado en lenguas del vulgo. Viéndose Perez amenazado de un proceso, cuyo fin demasiado claro preveía, aventuróse á recordar al rey que él no había sido sino el ciego instrumento de sus órdenes, y que, por lo tanto, estaba exento de toda responsabilidad. Felipe ni le negaba la razón, ni daba por eso paso alguno para hacer callar á sus acusadores. Esta indolencia de parte del rey le hizo conocer todos los peligros del momento, todos los horrores de su futuro, y trató de apelar á la fuga, intento vano, pues á pocas leguas de Madrid fué sorprendido por las gentes mandadas en su persecución.

Los rencorosos designios del rey empezaban á desarrollarse, no de un modo enérgico y decisivo, sino lenta y naturalmente. Quería gustar gota á gota todo el néctar de la venganza. La princesa de Eboli lloraba su ignominia en el fondo de una fortaleza. Perez en sus manos era un juguete con que se entretenía y que estaba seguro de romper cuando se le antojara. Suscitóse, por último,

el proceso contra el ex-ministro de Estado, en el que se le acusaba formalmente de la muerte de Escobedo, y en el que se le pedía cuenta, además, de grandes dilapidaciones hechas durante su destino en la secretaría de su cargo. Todo parecía conjurarse en contra del infortunado Perez: fué lanzado á un miserable calabozo, sin que de nada le sirviera el acogerse al sagrado de la Iglesia; estuvo á punto de espirar en el tormento, y ya llegaba al colmo de su desesperación, cuando su mujer, doña Juana Coello, le hizo salir de su prisión cautelosamente y salvar las fronteras de Aragón, provincia independiente, cuyos fueros territoriales eran respetados del mismo rey. El pueblo de Zaragoza le tomó bajo su amparo, disputándole encarnizadamente al Santo Oficio que le reclamaba por cosas de fé; y de tal modo supo captarse los ánimos, que dió margen á grandes disturbios y alborotos. Desde allí pasó á Francia, donde reinaba á la sazón Enrique IV, y sus vastos conocimientos políticos le granjearon la estimación del rey, que le asignó por sus excelentes máximas de Estado una pensión considerable.

Algunos años despues vió la luz pública un libro con el título de *Memorias ó Relaciones de Antonio Perez*. En él contaba el elocuente terrado, en un estilo grave y sencillo, el drama de su vida, hacia patente su inocencia, descubrió el carácter hipocrita de Felipe II, y pintaba el cuadro de la corte, su baja, su egoísmo, con tanta veracidad, que en poco tiempo se hizo popular, y la Europa entera leía al Tacito moderno.

CÁRLOS PIZARROSO.

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA
POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR
D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuación.—Véase el n.º 80.)

XVIII.

El principe entra en la cerca de la ermita, donde admira con sus sentidos la belleza agreste, la soledad del sitio y un grupo de jóvenes consagradas al culto de los dioses.—La conversacion que tienen entre ellas, la escucha este sin servisto; es una escena pasioral que iguala á Teócrito, el Aminta, ó á Gesner, que es el Teócrito de los Alpes.

«Querida Sacountala, dice una de las compañeras de la hija de Canoua, que riega las plantas del jardin de la ermita; querida Sacountala, ¿no se diria que esos tiernos arbustos, adorno de la ermita de nuestro padre, te són mas queridos que tu propia existencia cuando se observa el trabajo con que llenas de agua los hoyos que se abren á sus piés, tú cuya delicadeza iguala á la de la flor del malica recién abierta?»

SACOUNTALA.

¿Qué quieres? No es tan solo por complacer á nuestro venerable padre que me tomo ese cuidado, porque te aseguro que quiero á estas plantas como si fueran hermanas mias.

(Las riega.)

y estraer un torrente de delicias de esos divinos labios, de los que una delicada mano trata en vano de alejarle: y mientras me muero en la duda de si podré poseerla, tú te embriagas en la voluptuosidad.

SACOUNTALA.

¡Compañeras, libradme de este audaz insecto que burla mis esfuerzos!

LAS DOS, sonriendo.

¿Qué podríamos hacer nosotras? ¡Llama á Douchmanta en tu socorro.—¿No es un rey capaz de proteger á los habitantes de este retiro?

DOUCHMANTA.

¡Excelente ocasion para mostrarme!..... No temas..... (No concluye la frase y continúa oculto). No, me reconocerian por ser el rey; vale mas que me presente bajo el aspecto de un viajero que pide hospitalidad.

SACOUNTALA.

El imprudente insecto no cesa de perseguirme, cambiemos de lugar. (Vuelve los ojos y ve que la sigue). ¡Cómo! ¿Me persigue todavía? ¡Ah! por favor, libradme de su importunidad.

DOUCHMANTA, apareciendo de pronto.

¡Cómo!..... ¿Quién es el insolente que, bajo el reinado de uno de los descendientes de Douchmanta y de Pourou, enemigo declarado del vicio, se atreve á insultar á las jóvenes de los piadosos e inocentes ermitaños?

(Todas se turban á la vista del rey.)

ANOUSOUYA.

Señor, nadie ha cometido aquí ninguna acción criminal: solo que nuestra jóven amiga se defendía de una obstinada abeja que la perseguía sin cesar.

(Señalando á Sacountala.)

DOUCHMANTA, aproximándose á Sacountala.

¡Jóven, hagan los dioses que vuestra juventud prospere!

ANOUSOUYA.

¡Vamos! cumplamos con los deberes de la hospitalidad para con nuestro huésped.

PREYAMVADA.

Señor, sed bien venido! Tú, querida Sacountala, anda sin perder tiempo á la ermita á coger frutas dignas de ofrecérselas á nuestro huésped: refresquemos entre tanto sus fatigados piés con agua.

DOUCHMANTA.

No tengo necesidad de nada; el encanto de vuestras palabras es la mas grata ofrenda que podeis hacerme.

ANOUSOUYA.

¡Pues bien! noble extranjero, dignaos al menos reposaros á la sombra en este banco de césped, en donde encontraréis una admirable frescura, y en la que no tardaréis en olvidar el cansancio.

DOUCHMANTA.

Pero VV. mismas, hermosas jóvenes, debeis estar fatigadas ya de colmarme de atenciones: ¿quién en VV. compartir un momento mi asiento?

PREYAMVADA, bajo á Sacountala.

Sacountala, sin ser impoliticas no podemos rehusar el complacer á nuestro ilustre huésped; sentémonos pues á su lado.

(Todas se sientan junto al rey.)

SACOUNTALA, aparte.

Desde que mis ojos han visto á ese extranjero, siento una emocion contraria á la calma perfecta que deberia inspirarme este santo retiro.

DOUCHMANTA, mirándolas con tierno interés.

Hermosas jóvenes, cómo se hermanan en vosotras la dulce intimidad en que vivis y la gracia y la juventud de que estais dotadas!

PREYAMVADA, bajo á Anousouya.

Querida, ¿quién será este extranjero que, tanto en los rasgos de su fisonomía, en la que se imprime una majestad dulce y tranquila, como por sus discursos llenos de la mas amable política, parece digno de ocupar la mas encumbrada posicion?

ANOUSOUYA, bajo á Preyamvada.

Mi curiosidad no es menos viva que la tuya, te lo aseguro; pero veamos, es necesario que nos informemos.—(Alto dirigiéndose al rey). Señor, la dulce familiaridad que reina en vuestra conversacion me anima á haceros algunas preguntas: ¿podríamos saber á qué noble familia pertenecéis; qué país está en duelo por vuestra ausencia, y por qué motivo, vos que anunciáis en vuestras maneras una naturaleza esquisita, os habeis determinado á emprender un penoso viaje, para visitar este bosque consagrado á las mas rudas austeridades?

SACOUNTALA, aparte.

¡No palpites, corazón mio! todos esos pensamientos tumultuosos que te agitan violentamente, mi querida Anousouya los disipará.

DOUCHMANTA, consigo mismo.

¿Qué haré? ¿Debo declarar quién soy, ú ocultarlo?

Reflexiona breves instantes y declara que es un piadoso peregrino, lector de los Vedas, que viene á visitar al santo ermitaño; se informa hábilmente por las jóvenes del nacimiento de Sacountala, y de las causas de su residencia en aquella soledad, siendo tan bella.—Y sabe que es de origen celeste por la union de un santo, con una divinidad secundaria; y se entrega por último á la pasion que sentia por la jóven.

«¡Oh ventura! esclama en estrofas liricas; ¡Ya puedo dar libre curso á mis deseos! alégrate, corazón mio! Lo que apenas te atrevas á imaginar es ya una realidad para ti; lo que hubieras temido tocar como si fuera fuego, apenas hace un instante, puedes adornarte con ello, como si fuese la perla mas hermosa.»

Sacountala oye estos versos y se sonroja de pudor.

«Es necesario que me retire, dice á sus compañeras, y que instruya á nuestro venerable superior, Goutami, de las indiscretas palabras de ese extranjero.»—Ellas tratan de tranquilizarla y retenerla, con el pretexto de los cuidados que aun reclamaban de ella sus queridos arbustos; pero el héroe toma, al parecer, el partido de Sacountala.

«¡Dispensad, dice á las compañeras de la jóven, dispensad, por favor, á vuestra jóven amiga! Debe estar fatigada con el trabajo que se toma por regar sus plantas favoritas.—Ved como sus bellas espaldas están medio contraidas aun por el peso de la regadera que no há mucho ha soltado; la sangre colorea vivamente la planta de sus delicadas manos; se conoce que está fatigada en la agitada respiracion que conmueve deliciosamente su seno; el lazo encantador que con tanta gracia aprisiona las flores de siricha que adornan su cabeza, está humedecido por el sudor, y con lánguida y desfallecida mano, se ocupa en reunir los bucles de sus hermosos cabellos, escapados de la cinta medio desatada, que apenas puede contenerlos.»

Sacountala recibe de él un anillo; el héroe cree notar que está sorprendida por la admiracion y el amor que siente por él; y oye venir su séquito al ruido del galope de los caballos que se escuchaba en el bosque.—Temiendo el ser sorprendido y descubierto ante la jóven, por el respeto que mostrarían hácia él sus compañeros de caza:—«¡Oh piadosas hijas del retiro, las dijo en lenguaje vulgar, no os incomodeis en poner en seguridad los débiles animales que pueblan vuestra morada: todo indica que es el rey Douchmanta que se entrega al placer de la caza.»—Luego volviendo á tomar el hilo de su despedida en verso, como sucede en el drama, cuando la expresion se eleva con el sentimiento ó con la descripción, dijo:—«Ya un remolino de polvo que

levantan los caballos, cae en vuestros vestidos húmedos aun, y que suspendidos de las ramas de los árboles del bosque, se parecen á esas nubes de insectos que se posan en tropel en los árboles para buscar un rayo vivificador de sol....

«..... Tened cuidado, sobre todo, ¡oh piadosas ermitañas! con ese elefante salvaje ahuyentado por la jauria, y que llena de terror el corazón de los ancianos, las mujeres y los niños.—Hélo ahí que en su terrible choque acaba de tronchar con su trompa, el tronco de aquel árbol robusto que se oponia á su paso.—Ahora está embarazado entre las ramas entrelazadas de esas impenetrables enredaderas que quisiera arrancar de raíz en su furia.—¡Ah! qué funesta interrupcion ha ocasionado en nuestros sagrados ritos! ¡Cómo huyen á su aproximacion el disperso rebaño de nuestras tímidas gacelas! ¡Qué trastorno ha introducido en nuestro retiro santo la presencia de un carro y un elefante enfurecido!

Sacountala se aleja con sentimiento para entrar en la ermita, y finge que la detienen en su camino los arbustos que se enganchan en su traje.—El héroe se aflige á la desaparicion de la que ama. «Voy, dice, á hacer acampar mi séquito en el bosque, á fin de poderla ver aun libremente, porque solo ella es la que ocupa mi corazón y mi alma.—En vano trataria mi cuerpo de alejarse, mi alma se volveria hacia ella como los flotantes pliegues de un estandarte que marcha contra el viento!»

XIX.

Al segundo acto, el héroe, acompañado de dos oficiales, de los que uno de ellos es un bufón, poltrón y goloso como el Falstaff de Shakspeare, se entretiene con sus dos compañeras y finge estar hastiado del placer brutal de la caza, y dice:—«¡Cómo agitan los búfalos en sus juegos el agua que golpean con sus cuernos cuando se han cansado de beber! cómo se reúnen en tropel las corzas que ramoneaban tranquilamente en la sombra! cómo mascan sin temor los javalies los juncos de sus fangosos pantanos, mientras mi arco reposa!»

Quiero, prosigue el héroe, descansar algunos dias al sol de ese retiro sagrado.—Entonces alaba la celestial belleza de la jóven cenovita de la que se ha enamorado repentinamente; y despues como si se arrepintiese de su amor:—«¡Oh insensato! esclama. ¿No es la hija de un nacoreta? ¿De qué me serviria el verla por mas tiempo? Se puede obtener el cuarto creciente de la luna nueva, cuando alzada nuestra frente y fija la mirada en ella, no podemos dejar de admirar su argentado esplendor? Cuando reflexiono en el poder de Brahma y en las perfecciones de esa incomparable mujer, me parece que despues de reunir en su pensamiento todos los elementos para producir las mas bellas formas y haberlas combinado de mil modos en dicho dibujo, se detuvo al fin en la expresion de esa beldad divina, obra maestra de la creacion.—¿Qué mortal estará destinado en este mundo á la posesion de esa arrebatadora hermosura, parecida por su lozania á una flor cuyo perfume no haya sido respirado; á un vástago que apenas ha brotado en la rama; á una perla intacta todavía en la concha en que se esconde, ó á la nueva miel que no ha sido tocada por ningun labio?

«O por mejor decir, ese fruto en el que resplandecen todas las virtudes, ¿cuál será el venturoso mortal que lo posea? ¡Ay! lo ignora!»

«¿Creéis que os ama?» le pregunta su favorito. «A lo que responde en versos elegiacos, jóvenes criadas en un retiro son naturalmente tímidas; sin embargo, ¡aquellos ojos tan modestamente bajados en mi presencia!..... aquella sonrisa que trataba de ocultar, cambiándola directamente para dominarse, ¿no es la prueba de un amor que, comprimido por el mas dulce pudor, si no se atreve á descubrirse enteramente, deja, sin embargo, que se le adivine en parte?

«Su inclinacion hácia mi se ha declarado por ciertas señales que en el momento de retirarse mediaron entre ella y sus compañeras.

«¡Ved, les decia, echando una dulce mentira, cómo me ha herido en el pié esta aguda espina

de *cousa*; » y se detenía sin objeto.—Luego apenas había dado algunos pasos, volvía la cabeza fingiendo que desprendía su vestido de las ramas de un arbusto, que ni aun la tocaban; y esto indudablemente era para mirarme!.....»

XX.

Aparecen dos ermitaños compañeros del santo, y apercibiéndose al joven cazador, hablan un momento de las ventajas de la vida religiosa para la salvación eterna, y uno de ellos reconoce al hijo del rey.

«No me admiro, dijo su joven compañero, si ese brazo tan sólido y huesudo como una barra de las de hierro que aseguran las puertas de su capital, ha bastado para someter al mundo, que sirve de denso límite al Océano; y si en los combates encarnizados que han tenido lugar, los dioses le atribuyen tanto á su arco como á los rayos de Indra, las esplendentes victorias que han conseguido de sus enemigos.»

Se aproximan, é invitan respetuosamente al cazador, para que habite algunos días en su retiro.—El héroe les dá las mas expresivas gracias, y vacila entre dos ideas contrarias: por un lado conoce la falta que hace en su capital; pero no puede abandonar los lugares que habita Sacountala, y dice:

«La distancia que media entre los sitios en que desearia estar á la vez, dividen mi espíritu así como divide las aguas de un rio la roca que se opone á su curso.»

XXI.

El tercer acto principia por una escena breve, en la que las compañeras de Sacountala cogen unas cuantas yerbas para componer una medicina que calme la fiebre, pues su joven amiga está mala en su celda, sin saberse la clase de enfermedad que la aqueja.

La segunda escena es una queja poética y amorosa del héroe, que deplora la enfermedad de la que ama y la fuerza indomable del amor que siente por ella. La poesía en esta escena, tiene la majestad del paisaje y las imágenes de la pasión.

Douchmanta suspira, mientras que resalta en su semblante la mas acerba tristeza.

«Sin duda conozco el rigor que le impone la vida religiosa, dice; sé que está sometida á la voluntad de Canoua, y sin embargo, así como un rio no puede detener su curso, del mismo modo no puedo contener mi corazón en la pendiente hacia la que me siento arrastrado.—Ah! lo conozco, el fuego de Siva airado es el que se cobija en mi pecho, como un hogar misterioso que ardiera en las profundidades del mar.—Sin eso, siendo como somos un poco de ceniza, ¿podria encenderse en nuestros corazones el fuego que me devora? Lo veo en esas flores esparcidas aquí y allá, cuyos frescos cálices, aunque separados de su tallo materno, conservan aun su brillantez; y en esas tiernas ramas, cuya lechosa savia de destila aun en el suelo, descubriendo sus recientes heridas.—¿Qué aire vivificador se respira en estos sitios! ¿Con qué voluptuosidad el dulce céfiro, henchido con las emanaciones perfumadas del lotus, y con las ligeras gotas de rocío que ha usurpado en las ondas casi imperceptibles del Malini, acaricia mi cuerpo consumido por la fiebre!»

(Mirando en torno suyo). ¡Oh felicidad! es allí, allí, bajo aquella cuna de ramas entrelazadas de vitasas en flor, en donde reposa Sacountala:

«Si, distingo perfectamente en la fina arena que cubre el sendero, la reciente huella de sus pasos, la huella de ese pié modelado con tanta perfección.

«Mirémos al través de las ramas.—(Las separa y esclama trasportado):

«Ya apercibo al encanto de mis ojos! ¡Héla ahí sentada negligentemente con sus compañeras en un lecho de flores! ¡Gocemos, pues, desde aquí de su conversacion llena del mas gracioso abandono!»

XXII.

Síguese una escena deliciosa en la entrevista del héroe y Sacountala, que sus compañeras han dejado sola un momento á orillas del *Malini*.—Los dos amantes se confiesan su amor. El héroe jura á Sacountala de que si consiente en ser su esposa, compartirá el trono con ella mas tarde, y que su hijo será rey.

«Me olvidarás, » le dice la joven.
«¡Olvidarte yo! responde el héroe. No, joven celestial, en cualquier sitio en que te encuentres lejos de mí, siempre mi corazón estará contigo; así como al declinar el día la sombra de un árbol gigantesco, se retira de la llanura sin abandonar el tronco que la proyecta.»

Se suelta un brazalete de Sacountala y rueda por el suelo; el héroe lo coge y se lo prende de nuevo.

«¿No se diría que la luna nueva, sorprendida ante la gracia y la blancura de ese brazo encantador, ha abandonado el éter y ha vuelto las puntas plateadas de su creciente hacia la tierra, para besar con amor ese torneado brazo?»

Un poco de simiente de las flores del lotus, levantado por el viento, se introduce en los ojos de Sacountala, y el héroe sopla en ellos para volverle la vista, oscurecida por aquel incidente: esta escena se asemeja á la de *Daphnis y Chloé*, en que luchan graciosamente la simplicidad y el candor.—Siento no reproducirla; pero, en fin, Douchmanta y Sacountala se separan al canto del pájaro nocturno que anuncia la venida de las sombras en el bosque.

XXIII.

Sin embargo, el héroe se ha vuelto á su capital, dejando á Sacountala un anillo, en el que está grabado su sello, jurando reconocerla en cualquier parte, á la vista de aquella prenda.

Al último acto, el santo anacoreta *Canoua* vuelve al monasterio despues de una larga ausencia, y sabe por boca de su querida discípula Sacountala, la visita del héroe, su amor y su promesa de compartir con ella el trono el día que fuera á la capital á presentar el anillo nupcial.

El anacoreta sabe al mismo tiempo que un lazo secreto, pero aprobado por la religion y las leyes, la une al héroe y que lleva en sus entrañas el fruto de su union, que debe ser el futuro rey de aquellos estados.—El santo ermitaño aprueba todo y colma de presentes á Sacountala para hacerla conducir dignamente al lado de su esposo.

La descripción de aquellos presentes de boda es tan pintoresca como poética: hasta las divinidades invisibles le traen su tributo, y las compañeras de la joven madre esclaman:—«Apercibimos, flotando en las ramas de un gran árbol, un velo celestial de un lienzo fino, imitando en su blancura la luz argentada de la luna, seguro presagio de la felicidad que espera á Sacountala.»—Otro arbusto destilaba una laca admirable, destinada á teñir sus delicados piés del mas bello rojo; mientras que por todos lados, manos tan pequeñas como encantadoras, y que rivalizaban en esplendor con las mas bellas flores, se mostraban al través del ramaje, y esparcían en torno suyo esa multitud de joyas, dignas de brillar en la frente de una reina.

PREYAMVADA, mirando á Sacountala.

Así es como vemos á la abeja abandonar el hueco del árbol que le sirve de vivienda, para festejar á la flor del lotus, que la atrae con su perfumada miel.

CANOUA.

Las diosas declaran por este favor, que la fortuna del rey está adherida para siempre á tu persona, y que te vas á fijar en su palacio.

(Sacountala baja modestamente los ojos).

Entonces el venerable anacoreta, jefe de la ermita, canta en versos su adiós y los votos que hace por su favorita Sacountala.

«Divinidades de este bosque sagrado, ocultas

á nuestros ojos por la muralla que forman esos árboles que habeis escogido por asilo;

«La que no ha acercado nunca la copa á sus ardientes labios, antes de regar con agua trasparente, pura y vivificante las raíces alteradas de vuestros árboles favoritos; la que por mero cariño hacia ellos hubiera temido el arrancarles la mas pequeña flor, á pesar de la pasión natural é inocente que tienen las jóvenes hacia ese encanto seductor; la que no era completamente feliz hasta que llegaba la primavera, en la que se regocijaba al verlas brillar en su esplendidez; Sacountala, en fin, os deja hoy para ir al palacio de su esposo, y os dirige su tierno adiós.

«¡Sea su viaje feliz; que las espesas sombras de los grandes árboles le ofrezcan en su camino un abrigo impenetrable á los rayos del sol; que un dulce céfiro besando la superficie de los lagos cubiertos de anchas hojas de lotus azulado, les robe para ella un fresco rocío, que aduerma sus fatigas con su soplo acariciador; y que sus delicados piés no pisen en su apacible marcha mas que el polvo aterciopelado de las flores!»

Sacountala vuelve atrás atraída por su ternura hacia los animales favoritos que abandonaba.

«¡Oh padre! le dice al ermitaño: cuando esta hermosa gacela, que no se atreve á separarse lejos de este recinto, y cuyo paso es tardó por el peso del hijo que lleva en su vientre, sea madre, ¿no olvideis el decírmelo!»

«¿Pero quién; continúa la joven, marcha así tras de mí y se agarra á mi vestido?»

EL ERMITAÑO.

Ya lo ves, hija mia: es tu cervatillo querido, tu hijo adoptivo, al que tan á menudo le has curado las heridas con el aceite del ingoudi, cuando venia hacia tí con los labios ensangrentados por las aceradas puas de las *cousas*.—Acordándose del cuidado con que le hacías comer en tus manos los sabrosos granos del *syamoca*, no puede abandonar las huellas de su bienhechora.

(Sacountala baja los ojos humedecidos).

Pobre animalito, ¿por qué adherirte aun á una ingrata que se resuelve á abandonar de este modo á los compañeros de sus juegos? Lo mismo que te recogí cuando murió tu madre al darte á luz, ahora que me pierdes por mi abandono, nuestro buen padre te prodigará los mas tiernos cuidados.

(Llora sin poder avanzar).

CANOUA.

«Enjuga tus lágrimas, hija mia; ten valor, y mira con firmeza el camino que vas á recorrer.

¿Vienes á sorprender en tus húmedas pupilas una lágrima que trata de destruir el efecto de tus resoluciones? disípara al momento con noble esfuerzo.—Piensa, hija mia, que en el desigual camino de la vida, la firmeza mas varonil está puesta muy á menudo á duras pruebas; y que la virtud consiste en sobrepujarlas.

SARNGARAYA.

Venerable ermitaño, acordás del testo de la ley sagrada que dice: «*Acompaña á tu amigo hasta que encuentres agua!*»—¡Hénos aquí cerca del estanque, despedidnos y volveos á la ermita!»

EL ERMITAÑO.

Querida Sacountala, mira como todos los seres de este recinto, por muy insensibles que sean, toman parte en el dolor que ocasiona tu marcha.

La hembra del *Tchairavaca*, acostada tras una planta de lotus, llama en vano amorosamente á su macho, que fijos los ojos en tí y con el pico entreabierto, del que se escapan las hojas de verdura que ha arrancado no há mucho, olvida el contestarle.

SACOUNTALA, abrazando tiernamente al ermitaño.

«¿Cuándo volveré á ver este bosque sagrado?»

EL ERMITAÑO.

Hija mia, cuando despues de haber sido por largo tiempo el objeto de los cuidados de tu es-

poso, que los compartirá entre su imperio y tú, deposite las riendas del poder en manos del joven héroe que darás a luz. — Entonces volverás con él a concluir tus días tranquilos en el seno de este rélro consagrado a la virtud.

(Sacountala desaparece tras los zarzales del estanque).

LAMARTINE.

PLATICA SESTA.

CONTINUACION DEL POEMA DRAMÁTICO DE SACOUNTALA.

I.

Dejamos á la hermosa Sacountala en el momento en que se despedía del santo anacoreta para encaminarse hacia la capital, en donde esperaba encontrar, al par que su título de esposa, el amor del héroe transformado en rey. — Como no tenía ningún motivo de duda, contaba con que se la recibiría triunfalmente, para adormirse después al blando arrullo de una felicidad suprema; por lo tanto, emprendió su marcha, acompañada de un numeroso séquito de religiosas, que habitaban el monasterio en donde vio la luz del día; y que fueron después las compañeras de su infancia, cuando todo era placer y alegría para ella.

Rera una diosa, celosa de su felicidad, hizo que su esposo perdiera la memoria valiéndose de un maleficio; y cuando Sacountala se presentó en el palacio, admiróse el rey de su hermosura; pero no la reconoció. — Para colmo de su desgracia había perdido la infeliz el anillo nupcial que le dió su esposo, y por el cual había jurado reconocerla en cualquiera circunstancia.

Las escenas de aquel reconocimiento vanamente implorado por la esposa, y cruelmente negado por el héroe, son tan tiernas como pintorescas, recordándonos con menos sencillez, pero tan patéticamente, las de la historia de José, que con tanta magnificencia nos describe la Biblia.

Sacountala trata de despertar en él los recuerdos casi olvidados de los tiempos felices que habían pasado juntos en los deliciosos bosques de la ermita; á lo que él le responde sin piedad.

«Vamos á qué fabula vas á inventar aun para convencerme?»

SACOUNTALA.

Recuerdas aquel día en que guarecidos bajo las flexibles ramas del vetasa, recogiste en el hueco de tus manos, el agua trasparente que contenía el cáliz de un brillante loto.

EL HÉROE.

Continúa, continúa.

SACOUNTALA.

En aquel instante mi cervatillo estaba á nuestro lado: «Bebe antes que nosotros,» le dijiste con dulzura, presentándole aquella copa vegetal; pero el tímido animal que no estaba aun familiarizado contigo, no se atrevió á acercarse á beber, mientras que satisizo su sed sin desconfianza alguna cuando me diste la copa y se la presenté en mis manos; por lo que exclamaste sonriéndote: — «Razon tienen en decir que para fiarse de una persona es necesario conocerla y amarla; bien se conoce que habitais los mismos bosques!»

(Se continuará).

HISTORIA DE LA GUERRA

DE LA

INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.— Véase el n.º 30).

Mientras que el ejército francés, justamente enorgullido con sus triunfos, sentía pasar por sus filas el soplo de la victoria, y el ejército austriaco abrumado con los reyeses, parecía abandonarse al desalentado precursor de una derrota in-

evitable; mientras la impaciencia pública, adelantándose á los acontecimientos, esperaba saber muy pronto que los austriacos habían sido rechazados otra vez hácia sus últimos atrinchamientos italianos, dos noticias por demás inesperadas, venían á traer la admiración y la alegría á todos los corazones sorprendidos. Apenas el anuncio de un armisticio concluido por la iniciativa del emperador Napoleon había dado la vuelta á toda Europa, cuando ya las esperanzas concebidas para una época mas ó menos lejana, eran sobrepajadas por el siguiente despacho transmitido por la vía telegráfica:

«Paris 10 de julio á las dos y treinta y cinco minutos de la tarde. — Valeggio 11 de julio de 1859.

— Se ha firmado la paz entre los dos emperadores.

«Las bases son:

«Confederacion italiana bajo la presidencia honoraria del Papa.

«El emperador de Austria cede sus derechos sobre la Lombardia al emperador de los franceses, el cual los cede á su vez al rey de Cerdeña.

«El emperador de Austria conserva el veneciano, que formará parte integrante de la Confederacion italiana.

«Amnistia general.»

Esta solucion inesperada ha sorprendido tanto mas, cuanto que se conocian las intenciones de las potencias neutrales, que estaban en visperas de presentar proposiciones para un arreglo en comun de los asuntos italianos.

En este momento es difícil discutir las condiciones, tales como las damos mas arriba. El público se ha sorprendido de ver al Papa presidente de la Confederacion italiana, siendo incompatible esta importante mision con el sistema de gobierno que rigió actualmente en los Estados de la Iglesia.

Hé aquí la proclama dirigida por el emperador Napoleon á su ejército desde Valeggio:

«Soldados: Las bases de la paz se han ajustado con el emperador de Austria. El objeto principal de la guerra está conseguido. La Italia, por la primera vez, va á ser una nacion.

«Una Confederacion de todos los Estados de Italia, bajo la presidencia honorifica del Santo Padre, reunirá en un solo cuerpo los miembros de una misma familia.

«Es cierto que el reino Véneto queda bajo el cetro del Austria; sin embargo, será una provincia italiana que formará parte de la Confederacion.

«La reunion de la Lombardia al Piemonte crea de este lado de los Alpes un aliado poderoso, que nos deberá su independencia. Los gobiernos que han permanecido alejados del movimiento, y los que son llamados á sus posesiones, comprenderán la necesidad de saludables reformas.

«Una amnistia general borrará las huellas de las discordias civiles.

«La Italia en adelante, dueña de sus destinos, solo podrá culpárse á si misma si no progresa en el porvenir por la senda del orden y la libertad.

«Bien pronto volveréis á Francia. La patria reconocida acogerá con entusiasmo á sus soldados, que han elevado á tanta altura la gloria de nuestras armas, en Montebello, Palestro, Turbigo, Magenta, Marignano y Solferino; que en dos meses habeis libertado al Piemonte, y á la Lombardia, y no se han detenido sino porque la lucha iba á tomar proporciones que no estaban en relacion con los intereses que Francia tenía en esta guerra formidable.

«Estad, pues, orgullosos de los resultados obtenidos, orgullosos, sobre todo, de ser los hijos predilectos de esa Francia, que será siempre la gran nacion, mientras tenga un corazon para comprender las causas nobles, y hombres como vosotros para defenderlas.

«Cuartel imperial de Valeggio, 12 de julio de 1859. — Napoleon.»

La proclama que el rey Victor Manuel dirigió á los lombardos, dice literalmente así:

«El rey á los pueblos de la Lombardia. — El cielo ha bendecido nuestras armas. Con la poder-

rosa ayuda de nuestro magnánimo y poderoso aliado, el emperador Napoleon III, hemos llegado en pocos dias, de victoria en victoria, á las orillas del Mincio. Hoy vuelvo entre vosotros para anunciaros la feliz noticia de que Dios ha oido mis deseos. El armisticio seguido de los preliminares de la paz, han asegurado su independencia á los pueblos de la Lombardia.

«Segun el deseo tantas veces expresado por vosotros, formaréis de hoy mas con nuestros antiguos Estados una sola y libre familia. Tomaré vuestra suerte bajo mi direccion, y seguro de hallar en vosotros ese apoyo que necesita el jefe de un estado para crear una nueva administracion, os digo: Pueblos de la Lombardia, fíaos en vuestro rey, y estableceré sobre bases sólidas é impecederas la felicidad de las nuevas comarcas que el cielo ha confiado á su gobierno.»

Los preliminares del armisticio, que no dejan de ser curiosos, están esplicados del modo siguiente en una carta que publica un periódico francés: el general Fleury y su ayudante de campo, el señor capitán de Verdere, salian miércoles del cuartel general y marchaban en posta hácia la ciudad de Verona. A la vista de la bandera de parlamento, se abrieron las puertas de la gran fortaleza austriaca; el general y su ayudante de campo entraron sin que se les vendasen los ojos; contentáronse con bajarles las ventanas de su coche. Nosotros, continúa el correspondal, habíamos usado algunos dias antes de una cortesía análoga con el hijo del general Urban: enviado á Valeggio como parlamentario, había recorrido libremente la ciudad y no se había tomado contra su lealtad ninguna de las medidas usadas en casos tales.

El general Fleury fué introducido en seguida á presencia del emperador de Austria. Francisco José acogió con mucha benevolencia al enviado del emperador Napoleon, y le invitó á su mesa, así como tambien al capitán de Verdere. Nuestros parlamentarios oyeron de la misma boca de S. M. que la jornada de Solferino había costado cincuenta mil hombres al Austria, y vieron con sus propios ojos un solo hospital donde había mas de setecientos oficiales heridos en el mismo encuentro. A yer mañana, jueves, entre diez y once, el general Fleury estaba de vuelta en el cuartel general francés, y á eso de las dos, un parlamentario austriaco se presentaba á las puertas de Valeggio.

Era un capitán, ayudante de campo del general Zobel. Cuando hubo entregado al emperador el mensaje de que estaba encargado, fué invitado á la mesa del mayor general. A las ocho le vi volver á tomar el camino de Villafranca. Es un joven cuya figura es noble y su aspecto muy elegante; maneja con habilidad un caballo de raza; su sombrero estaba coronado de un abundante penacho de plumas verdes. Llevaba una banda amarilla que contrastaba vivamente con su levita corta gris. Le precedian dos husares franceses con carabina armada; detrás de él marchaba otro húsar francés con el sable desnudo, y después dos ginetes austriacos, un húsar y un hulano; dos ó tres husares franceses cerraban su escolta.

Atravesó por entre la multitud al paso, respondiendo á los silenciosos saludos que le dirigian nuestros oficiales y nuestros soldados. Entre tanto un consejo de guerra estaba reunido en la Casa Maffei. El emperador había convocado al rey de Cerdeña, al príncipe Napoleon y á los mariscales jefes de los cuerpos. Hoy viernes á las cinco de la mañana, el mariscal Vaillant, mayor general del ejército y su ayudante mayor general, Mr. de Martemprey, ambos de grande uniforme, revestidos de sus insignias y condecoraciones, y seguidos de un escuadrón de magníficos cazadores de la Guardia, iban camino de Villafranca en uno de los coches del emperador. Han vuelto á las doce menos cuarto y se han dirigido á casa de S. M.; no sabemos todavía el resultado de su misión. Dicese que se ha firmado el armisticio.

El diario oficial del vecino imperio dice lo siguiente acerca del armisticio celebrado entre las potencias beligerantes: — «Nos apresuramos á dar á conocer en qué circunstancia se ha realizado

la suspensión de armas acordada entre el emperador de los franceses y el emperador de Austria.

»Habían mediado comunicaciones entre las tres grandes potencias neutrales a fin de ponerse de acuerdo para ofrecer su mediación a los beligerantes. El primer acto de esta medida debía tener por objeto la conclusión de un armisticio; pero no obstante la rapidez de las correspondencias telegráficas, no era posible que tal resultado se obtuviera antes de algunos días. Entre tanto las hostilidades de nuestra escuadra contra Venecia iban a romperse, y estaba próxima a empeñarse nueva lucha de nuestros ejércitos delante de Verona.

»En tal situación, el emperador, siempre fiel a los sentimientos de moderación que constantemente han dirigido su política, preocupado por otra parte con el especial cuidado de prevenir toda efusión inútil de sangre, no ha vacilado en asegurarse directamente de las intenciones del emperador Francisco José, con el fin de que si entre ambos soberanos existía conformidad de pareceres, estaban en el deber sagrado de suspender inmediatamente las hostilidades que por la mediación podían llegar a ser ineficaces.

»Habiendo manifestado el emperador de Austria análogas intenciones, se han reunido comisionarios nombrados por una y otra parte para arreglar las cláusulas del armisticio concluido definitivamente el 8 de julio, y cuya duración se ha fijado en cinco semanas.

»Mañana 11 se verificará una entrevista en Villafranca entre ambos emperadores.»

Hé aquí ahora de qué modo refiere *La Patrie* la entrevista celebrada en Villafranca por los dos emperadores:

»Habiase fijado el día de hoy para celebrar la entrada del emperador francés y el austriaco: el tiempo no podía mejorarse, y la entrevista debía tener lugar en Villafranca a las nueve en punto.

»A la salida del pueblo de Valeggio, en el camino que conduce a Villafranca, se hallaban los regimientos de cazadores de la Guardia, cuyo campamento ocupa una llanura a la izquierda del camino en dirección a esta población.

»A las siete y cuarto salió el emperador a caballo de Valeggio por el camino indicado, llevando a su izquierda al mariscal Vaillant, mayor general del ejército, y detrás al general de Martimprey, ayudante mayor general, y la servidumbre militar del emperador.

»S. M., como los demás generales y oficiales de su servidumbre, llevaba kepi.

»A 30 pasos próximamente a retaguardia del estado mayor general, seguía el escuadrón de los cien guardias, de gran gala, y otro de guías.

»El emperador llegó a Villafranca a las nueve, atravesando con su escolta esta población, cuyas calles son espaciosas, rectas y alineadas.

»A 300 metros del pueblo distinguió S. M. al emperador de Austria, que avanzaba paulatinamente al frente de su escolta.

»Al momento paró solo al galope el emperador de los franceses para encontrarse con el emperador de Austria, que se apresuró también a imitar el movimiento en extremo galante de S. M. Al acercarse los dos soberanos se saludaron, y juntos siguieron el camino de Villafranca.

»El estado mayor del emperador de los franceses y su escolta se habían colocado en batalla a uno de los lados de la carretera, y al llegar S. M. a donde estaban, presentó nominalmente los oficiales de su servidumbre militar al emperador de Austria.

»Los dos soberanos se dirigieron a Villafranca, habiéndose detenido delante de la casa dispuesta para la entrevista. Eran las nueve y veinte minutos próximamente, y la entrevista duró tres cuartos de hora poco más ó menos.

»Fácil es comprender cuán grande sería la emoción de los que habían acompañado a los dos emperadores.

»Agitábase en aquella casa la grave cuestión que hace casi un año que excita la pública atención de la Europa: la paz ó la guerra; por manera que las miradas de todos se fijaban en aquellas

paredes en que se encerraba un insondable misterio.

»Acompañaban al emperador de Austria el general Hess, el conde Grumme y todos los oficiales que constituyen su servidumbre.

»Durante la entrevista, los dos estados mayores se aproximaron, mostrando unos y otros oficiales estremada galantería, sosteniendo diferentes conversaciones ajenas al pensamiento dominante que agitaba los corazones de todos.

»Terminada la entrevista, el emperador de Austria presentó particularmente los oficiales de su estado mayor al emperador de los franceses, habiéndose dirigido a pie los dos soberanos hacia el punto en que estaba el regimiento de lanceros que había escoltado a S. M. el emperador de Austria, a cuya fuerza pasaron revista, habiendo hecho lo mismo al escuadrón de los cien guardias y al de guías, cuya brillante y marcial apostura impresionó vivamente al emperador Francisco José.

»Ambos soberanos montaron nuevamente a caballo, habiendo acompañado el emperador de Austria al de los franceses fuera de Villafranca por el camino que conduce a Valeggio, y después de haber recorrido una distancia de 400 a 500 metros, se separaron, volviéndose el uno a Villafranca, y siguiendo el otro hacia Valeggio.

»El emperador de los franceses partió en seguida a galope, y seguido de su estado mayor, llegó muy pronto a su cuartel general.»

La Lombardia, que por el reciente tratado de Villafranca, ha venido a formar parte de la corona de Cerdeña, es tal vez el país más poblado de la Europa. Su extensión es de 375-09 millas austríacas cuadradas; su población, sin incluir las clases militares, es de 3.009.303 habitantes. Por consiguiente, a cada milla austríaca cuadrada corresponden 8.023 habitantes: esto es, 176 habitantes por cada kilómetro cuadrado. Guipúzcoa y Bélgica, que pasan por ser de los países más poblados de Europa, con relación a la extensión de su territorio, no presentan la apurada población de la Lombardia. Bélgica tiene por kilómetro cuadrado 151 habitantes.

El Véneto tiene 414-099 millas cuadradas austríacas, y comprende 2.493.968 habitantes, sin contar la población militar: es decir, 6.010 habitantes por cada milla cuadrada austríaca. El suelo de ambas comarcas es igualmente fértil, sobre todo en los valles bañados por el Po, donde se hacen seis cosechas al año. El gobierno de Milan, ó sea la Lombardia, comprende nueve provincias, 13 ciudades, 135 pueblos y 2.500 pequeñas aldeas.

EL MARISCAL REGNAUD DE SAINT-JEAN D'ANGELY.

El general Regnaud de Saint-Jean d'Angely, que acaba de ser nombrado mariscal de Francia después de la brillante victoria de Magenta, nació en París el 29 de julio de 1794. Discipulo de la escuela militar de san German, salió de ella subteniente en 1812, y en esta cualidad hizo la campaña de Rusia en el 8.º de husares. Nombrado teniente al siguiente año, pasó a Sajonia y asistió a las principales acciones de esta campaña, tan gloriosamente inaugurada con la victoria de Lutzen, y coronada con la brillante batalla de Bautzen. Pero habiendo sido casi destruido su regimiento en la batalla de Leipsick, hizo en el estado mayor imperial la campaña de 1814, se distinguió bajo los muros de Reims, y aunque sirvió en la primera Restauración, no por eso dejó de ser nombrado en 20 de marzo oficial de órdenes del emperador Napoleón, que le nombró jefe de escuadrón en el campo de batalla de Waterloo.

Borrado de los registros del ejército, M. Regnaud partió en 1825 para Grecia, donde organizó un cuerpo de caballería europea, con el coronel Fabrier, y en 1828 siguió como voluntario la expedición del general Maison a Morea. En la revolución de julio se le reconoció, por una gracia excepcional, el grado que le había conferido el emperador. Nombrado coronel del 1.º de lanceros en 1832, recibió en 1840 el grado de mariscal de campo y el mando militar del departamento de

la Meurthe, donde permaneció hasta el advenimiento de la república.

Bajo el nuevo gobierno, fué empleado M. Regnaud en el ejército de los Alpes, y promovido el 10 de julio de 1848 al grado de general de division. Enviado al siguiente año por la Charente-inferior a la Asamblea legislativa, formó parte de la mayoría.

En 1851, nombrado ministro de la Guerra, ejerció sus funciones desde el 9 al 24 de enero. Al año siguiente fué llamado al Senado, y nombrado inspector general del ejército, y después presidente del comité de Caballería, cerca del ministro de la Guerra. El 12 de enero de 1849 fué promovido a gran oficial de la Legión de honor.

En 1854 fué nombrado comandante superior de los cuerpos que forman la guardia imperial.

El parte de la batalla de Magenta ha hecho el elogio de las tropas colocadas a las órdenes del general Regnaud, y bajo la impresión de este gran hecho de armas, el emperador ha elevado a dicho general, por medio de un decreto fechado en el campo de batalla, al grado de mariscal de Francia, dando así una prueba de la satisfacción con que ha visto la conducta observada por su digno general.

EL GENERAL NIEL.

El general francés Adolfo Niel nació en 1802; fué admitido en 1821 en la escuela politecnica, y en 1823 en la escuela de aplicación de Metz. Teniente de ingenieros en 1827, y capitán en 1835, se embarcó al año siguiente para Argelia, y en la toma de Constantina tuvo una parte brillante, por lo que fué felicitado por el ministro de la Guerra, y promovido al grado de jefe de batallón en 1837. Clasificado desde esta época entre los oficiales de su arma más ilustrados, ascendió a coronel en 1846, fué agregado en 1849 a la expedición de Roma en cualidad de jefe de estado mayor de ingenieros, y prestó tales servicios en el ejercicio de estas funciones, que dos meses después fué nombrado general de brigada, y se le encomendó la misión de ir a Gaeta a entregar al Papa las llaves de la ciudad. De regreso a Francia, tomó la dirección del cuerpo de ingenieros en el departamento de la Guerra; entró al mismo tiempo en las juntas superiores de fortificaciones y de ingenieros, como igualmente en el Consejo de Estado, en servicio extraordinario, y en 30 de abril de 1853 fué promovido a general de division.

Cuando se declaró la guerra a Rusia, el general Niel formó parte del cuerpo expedicionario del Báltico, y tuvo a sus órdenes al cuerpo de ingenieros en el sitio de Bomarsund: la toma de esta fortaleza le valió el título de ayudante de campo del emperador. En el mes de enero de 1855 fué a Crimea con la misión de instruir a este último de la situación exacta del ejército; consagró algunas semanas a visitar minuciosamente las obras emprendidas, y formuló su opinión en las conclusiones siguientes: el cerco total de Sebastopol, a fin de colocar las diferentes partes del sitio en las condiciones regulares y posibles, y el ataque por la parte de Malakoff. Tres meses después, tomó el mando en jefe del cuerpo de ingenieros del ejército de Oriente, y en este doble sentido el sitio de la plaza. Algunos días después del asalto definitivo, recibió las insignias de gran cruz de la Legión de honor en 18 de setiembre de 1855. Últimamente ha sido nombrado mariscal de Francia a resultas de su brillante comportamiento en la batalla de Solferino.

ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

Entre los valientes soldados del ejército francés que han combatido en la batalla de Solferino, y que gimen en el lecho del dolor, se encuentra un sargento mayor, cuyo nombre ha querido saber el emperador, y el cual ha recibido diez y seis heridas: su estado no dá inquietud alguna, y pronto podrá recibir las recompensas que le esperan, y a las que tan justamente se ha hecho acreedor.

ORÍGEN DE LA PALABRA MONTEBELLO.

Segun el periódico de Turin *Il Campanile*, Montebello no debe este nombre á su belleza natural.

Los romanos le llamaban Mons Belli, porque su posicion en medio de un valle que conduce á la Italia central, hizo de él en todos tiempos un campo de batalla. La aldea siguiente, con su nombre de Casteggio, demuestra que los romanos habian establecido un campo de defensa (castrum), tanto contra los galos de Brenns, como contra los soldados de Anibal.

Hoy los franceses, siguiendo la marcha de Anibal, lo imitarán, segun esperamos, —añade el periódico italiano, — consiguiendo muy pronto su victoria de la Trebbia.

El tercer regimiento de zuavos en Italia ha sido uno de los que mas han llamado la atencion. Casi todos los oficiales son sargentos veteranos que han ganado la charretera y la cruz en Africa. Los soldados cuentan cuatro y cinco años de servicio en Africa, y la campaña de Crimea. Una de las compañías va mandada por un capitán que no tiene 24 años, y que se enganchó á los 17. En fin, la bandera del 3.º de zuavos está hecha girones, y he visto, — dice un corresponsal, — cosidos algunos pedazos con cabos de zapatero!.... Esta preciosa bandera enorgullece á los soldados, y todos temen que se la recojan despues de la campaña de Italia.

El 3.º de zuavos fué quien, prestado momentáneamente al rey del Piamonte, se señaló desde un principio, tomando á la bayoneta en un cerrar de ojos ocho cañones, y arrojando medio millar de austriacos á un canal que ellos mismos habian pasado un momento antes bajo el fuego de los cañones y la mosquetería enemiga.

Un jóven soldado herido, al recibir de manos del baron Larrey la condecoracion que le enviaba el emperador, respondió en medio de su turbacion y de su alegría: — «Señor, decid al emperador que le doy un millon de gracias, y dadle los buenos dias de mi parte.» — El baron Larrey cumplió su comision al pié de la letra.

Un oficial austriaco ha referido que el general Jellachich (hermano del difunto ban de Croacia), admirado al ver á los soldados que se lanzaban delante de las balas, exclamó: — «¡Pero estos no son hombres, son tigres!» — Y añadió á media voz: — «Me lo habian dicho, pero no lo creia.»

Estos últimos dias se hallaban todos los animos en Paris, tan predisuestos á la guerra, que no habia medio de hablar de cualquier cosa, sin que involuntariamente concluyese refiriéndose á ella.

«Ayer, dice un periódico francés, salian dos escritores de la primera representacion de una pieza en un acto que habia sido silbada.

— ¡Ah! decía uno de ellos; ha estado muy lejos de ser una victoria.

— ¿Una victoria?..... exclamó un caballero que iba detrás y que cogió al vuelo estas palabras, ¡con que tenemos una victoria! ¿Ha habido muchos muertos?

— Si señor, respondió otro individuo que pasaba casualmente: — ¡Cuarenta mil austriacos!»

M. GARCÍA GONZALEZ.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Como es de suponer, los comentarios mas puestas menudeaban estos dias, á propósito de la inesperada suspension de hostilidades de que

en nuestra crónica anterior hemos dado cuenta á nuestros lectores. Asi, pues, al paso que muchos hallaban en ese armisticio un motivo para asegurar que la guerra no volvería á encenderse en Italia, otros dudaban mucho que este hecho fuese en efecto un inequívoco augurio de próxima paz. Como quiera que sea, y no debiendo durar el armisticio mas allá del 15 del mes próximo, muy aventurado era emitir, en los primeros momentos, esos diferentes juicios que, á decir verdad, se presentaban mas con el carácter del espíritu de partido, que con el sello de la imparcialidad y la razon fria.

Ateniéndonos, pues, á los hechos, dirémos que Luis Napoleon y Francisco José habian resuelto celebrar el 11 una entrevista en Villafranca.

La *Patrie*, periódico semi-oficial del vecino imperio, ha publicado en su número correspondiente al 9 del actual, un artículo en que terminantemente dice que las bases de las futuras negociaciones no pueden ser otras que la independencia de Italia desde los Alpes hasta el Adriático, puesto que así lo ha consignado explicita y solemnemente Luis Napoleon, y que así debia entenderlo el Austria, si queria evitar la dispersion de su ejército y la destruccion de sus fortalezas. Acaso por esto mismo dijo dias pasados el *Monitor*: «La tregua actual no puede hacer preveer desde ahora el fin de la guerra.»

Hé aquí, por lo demás, la breve pero significativa orden del dia, dirigida el 9 por el emperador Napoleon á su ejército con motivo del armisticio:

«Soldados: acaba de acordarse una suspension de hostilidades entre los ejércitos beligerantes, que durará hasta el 15 de agosto próximo. Esta tregua os permitirá descansar un poco de vuestros gloriosos trabajos, y prepararos, si es preciso, con nuevos bríos para continuar la obra que tan bravamente se ha inaugurado por vuestro valor y decision. Yo regreso á Paris y dejo el mando interino de mi ejército al mariscal Vaillant, mayor general. Pero en el momento que resuene la hora del combate, me encontraréis de nuevo entre vosotros para compartir vuestros peligros.» — Napoleon.»

Las bases de la paz, que posteriormente hemos sabido ha sido firmada en Villafranca, entre ambos emperadores, son las siguientes, tales como nos las ha dado á conocer el telégrafo. El emperador de Austria cede sus derechos sobre la Lombardia al emperador de Francia, quien los trasmite á su vez al rey de Cerdeña. Se formará una Confederacion italiana bajo la presidencia honoraria del Papa. El antiguo reino Lombardo-Veneto formará tambien parte de esta confederacion, que subsistirá, sin embargo, bajo la presidencia del Austria; hablase tambien de una amnistia general.

Hé aquí á lo que se reduce el tratado de paz entre la Francia, la Cerdeña y el Austria; hé aquí las bases del tratado definitivo de paz. Como no es político el objeto que en esta publicacion predomina, no entraremos en consideracion ni comentario alguno acerca de tan inesperado armisticio y de tan improvisado arreglo. — Permítasenos no obstante decir que tan pequeño resultado dista mucho de hallarse en justa proporcion con la inmensidad de los sacrificios y la importancia de las victorias de Montebello, Palestro, Magenta, Malegnano y Solferino, que en menos de un mes pusieron al ejército franco-sardo en el ventajoso caso de trasladarse á la orilla izquierda del Mincio.

Volviendo ahora á nuestro modesto papel de cronistas, decimos que la noticia de tan atropellado desenlace debe haber causado en Francia un pésimo efecto, puesto que no pueden interpretarse de otra manera las palabras de un despacho de Paris del 12, en que se dice: «Este inesperado suceso ha sido acogido con cierta reserva por la opinion. ¿Qué, sino un gran disgusto, significa esa cierta reserva?»

Despues de firmado el tratado de paz, el emperador Napoleon salió en la madrugada del 14 para Paris, y el mismo dia debia verificar su en-

trada en Viena Francisco José. ¡Cuántos, cuántos millares de hombres, que llenos de vida, de entusiasmo, de esperanzas y sin igual arrojo, salieron hace pocas semanas de Francia, del Piamonte y del Austria, no volverán á ver los campos queridos de la patria, ni tornarán á abrazar á sus desconsoladas familias, ni á ser acogidos con regocijo por sus conciudadanos!

¡Dichosos una y mil veces Luis Napoleon y Francisco José, que despues de haber dispuesto á su placer, y sin cortapisa alguna, de la vida y la muerte de medio millon de hombres, regresan á sus respectivas córtes tranquilos y satisfechos, y al parecer, en la persuasion de que han arreglado definitivamente la cuestion italiana!

Hablase de cambios ministeriales que deben verificarse en Viena. ¿Revela esto una modificacion en la política de la cancilleria austriaca? Dejemos la respuesta al tiempo; á ese gran descubridor de misterios, á ese gran descifrador de enigmas.

En Nápoles ha ocurrido una insurreccion militar, promovida por 300 suizos, que se sublevaron contra el gobierno y trataron de atraer á su causa al resto de sus camaradas. No solo no lograron su intento, sino que el resto de las tropas suizas cercaron á los insurrectos, hicieron fuego sobre ellos, y los desarmaron y aprendieron, despues de haber ocurrido algunas desgracias por una y otra parte. Tal vez á consecuencia de estos tristes sucesos, el general Filangieri, primer ministro del rey Francisco II, creyó deber presentar á este su dimision; pero no le ha sido admitida.

En Londres, si hemos de dar crédito á un despacho del 13, no han satisfecho completamente las condiciones de la paz, y una parte de la prensa inglesa creia indispensable la reunion de un congreso, fundándose en que una paz hecha unicamente entre las potencias beligerantes, no liga á las demás.

A consecuencia de la paz, el gobierno prusiano ha mandado suspender la marcha de las tropas que acababa de movilizar, produciendo con esta medida una gran alarma en algunos países. Además, los soldados de la *landwehr*, ó contingentes de reserva, regresarán desde luego á sus casas.

En un mismo dia llegaron á esta córte dos documentos del mas alto interés: la orden del dia del emperador de Austria, firmada en Verona el 13, y la proclama del emperador Napoleon á sus soldados, suscrita en Valeggio, el 12. El primero de estos documentos es notable por la franqueza y laconismo con que se confiesan los desastres del Austria y la desfavorable situacion política á que la ha reducido su completo aislamiento. No es posible confesar una derrota de una manera mas terminante y explicita. Nuestros lectores juzgarán por sí mismos de esta verdad, en vista de esa triste orden del dia, cuyo espíritu es el siguiente:

«Paris 14 de julio, á las dos de la tarde. — Dicen de Verona el dia 13. — En una orden del dia se manifiesta que el Austria ha comenzado la guerra por el sostenimiento de tratados sagrados, contando con la adhesion de los pueblos, el valor del ejército y sus aliados naturales. No habiendo encontrado aliados, el Austria cede á una situacion política desfavorable. El emperador agradece sincera y cordialmente á los pueblos y al ejército, el haber demostrado nuevamente que el monarca puede tener absoluta confianza en su lealtad, si nuevas luchas se empeñasen.»

Por su parte, el emperador Napoleon anuncia á sus soldados que las bases de la paz habian sido ajustadas con el emperador de Austria, y que el objeto principal de la guerra está conseguido. Anuncia, asimismo «que una confederacion de todos los Estados de Italia, bajo la presidencia honoraria del Santo Padre, reunirá en un solo cuerpo los miembros de una misma familia.» Añade que la Lombardia será cedida al Piamonte, y que los gobiernos que han permanecido alejados del movimiento y que son llamados á sus sesiones, comprenderán la necesidad de saluda-

bles reformas. Por último, en la proclama de que nos ocupamos, se habla de la amnistía general, de que ya teníamos noticia.

Así ha terminado la breve, pero sangrienta guerra de Italia! Si esto es un verdadero arreglo de la cuestión italiana, ó un mero aplazamiento de su solución, los hechos se encargarán de decirlo. Nosotros nos limitamos á recordar que Luis Napoleón ofreció solemnemente en París y en Milán que la Italia sería independiente desde los Alpes hasta el Adriático, y que, á pesar de esto, el Austria queda dueña de todo el reino Véneto.

Francisco José ha mandado cesar inmediatamente los reclutamientos extraordinarios que había decretado en todo su imperio.

La Prusia, á su vez, ha retirado la moción que había presentado á la Dieta para aumentar los armamentos de la Confederación Germánica.

Descontento, sin duda, el conde de Cavour, primer ministro del rey de Cerdeña, de la mal preparada solución que acaba de darse á la cuestión italiana, ha presentado su dimisión, y habiéndole sido admitida, según se dice, Víctor Manuel ha nombrado en su reemplazo al conde Aresse, ardiente partidario de la causa de la independencia italiana.

Luis Napoleón entró el 14 á medio día en Milán, y el 15 en Turin, resuelto á marchar á París al día siguiente. El rey de Cerdeña debía acompañarle hasta Sussa, punto de despedida de ambos soberanos.

Las plazas de Peschiéra y Mántua, aunque lompardas, no se adjudican al Piamonte, y quedan, por lo tanto, bajo la dominación austriaca. Los duques de Módena y Toscana, que, como es sabido, abandonaron precipitadamente sus Estados, al primer amago de guerra, y corrieron á ponerse bajo el amparo de las bayonetas fúdescas, son reinstalados en sus tronos en el nuevo arreglo, sin duda, en justa recompensa de su adhesión nunca desmentida al Austria.

La guerra está terminada; ¿pero la paz misteriosamente ajustada entre ambos emperadores en Villafranca, es una paz honrosa, satisfactoria y á propósito para asegurar en Italia el orden y la felicidad? No estamos llamados á responder á esta pregunta; abandonámos, pues, la contestación al buen criterio de nuestros lectores.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 8 de julio se crea en la ciudad de la Habana una bolsa de comercio. La bolsa es reunión de los comerciantes y de los agentes públicos que intervienen en sus contratos para la negociación de letras de cambio, libranzas, pagarés, acciones del Banco Español de la Habana, de minas, de sociedades anónimas legalmente autorizadas, venta de metales preciosos amonedados ó en pasta, seguros de efectos comerciales contra todos los riesgos terrestres ó marítimos, fletamiento de buques y transportes en el interior por tierra ó agua.

La bolsa estará bajo la autoridad del gobierno político de la Habana. Todos los días de bolsa se fijará el precio de los efectos de contrataciones, publicándolo en el *Boletín de Cotización*. El precio de entrada en la bolsa será para los abonados de 8 pesos 4 rs. al suscribirse, y 3 pesos todos los meses, y para los no abonados 20 centavos por cada vez que entren en la bolsa.

Por reales decretos publicados en la *Gaceta* del 10 de julio han sido clasificadas como de segundo orden las siguientes carreteras: la de Málaga á Torrox, la de Albacete á Cartagena y Totana, la del Molar á Torrelaguna y la de Salamanca á Alcantara.

Por real decreto de 8 del corriente se ha creado en el ministerio de Gracia y Justicia una sección destinada á la estadística criminal de todo el reino, con el objeto de publicar cada año una memoria explicando los hechos y esponiendo, así las consideraciones que se desprendan de ellos,

como las reformas, mejoras y disposiciones de todo género que convenga adoptar. Ha sido nombrado para la plaza de jefe de la seccion de estadística criminal D. Antonio Romero Ortiz, diputado á Cortes y gobernador que ha sido de provincia.

—Por real decreto de 6 del corriente el señor ministro de la Gobernación ha sido autorizado para llevar á efecto, sin las formalidades de la subasta pública, las obras necesarias en el edificio que ocupa la Inclusa y Colegio de la Paz, con objeto de establecer en dicho local una casa de maternidad.

—De real orden se ha dispuesto que se anuncie la subasta de concesion del ferro-carril de Albacete á Cartagena, con arreglo á la ley de 24 de mayo último.

—Se ha aprobado el reglamento para gobierno de los capitanes y sobrecargos de buques de vela ó de vapor, nacionales ó extranjeros, que hagan el comercio de importación desde puertos extranjeros á los de las islas de Cuba y Puerto-Rico.

—Se ha dispuesto de real orden que á los individuos que en el día 26 de setiembre de 1856 se encontraban enganchados ó reenganchados con opción al premio pecuniario, se les respete dicho premio, cualquiera que por otro lado fuesen las ventajas que sus servicios les dieren en la carrera; pero que los que lo hubiesen verificado desde el mismo día 26 de setiembre en adelante, cesarán en el goce del premio al ascender á oficiales.

—De real orden se ha dispuesto que en lo sucesivo los ayuntamientos y consejos de provincia, al calificar la pobreza en cuestiones de quintas, tengan presente las utilidades que la persona de que se trate obtenga como propietario y como colono sin hacer diferencias que la ley no hace.

—Por real orden inserta en la *Gaceta* de 12 de julio ha sido aprobado el reglamento para la ejecución del real decreto sobre estadística criminal del reino, y han quedado derogados el real decreto de 5 de setiembre de 1855, sobre la formación de la estadística civil y criminal, y el de 2 de mayo de 1858, sobre inspección y estadística judiciales.

—De real orden ha sido autorizado D. Antonio Ivars para verificar, en el término de 10 meses, los estudios de un ferro-carril, que, partiendo de Benifayó y pasando por las inmediaciones de Sollana y Sueca, termine en la villa y puerto de Cullera.

—Ha sido autorizado D. Carlos Lamiante para que verifique, en el término de un año, los estudios de un ferro-carril, que, partiendo de las inmediaciones de Sevilla y pasando por la Alhambra, Gerena, Campo de Tejada, Manzanilla, Palma, Villarrasa, Nieblas y san Juan del Puerto, termine en Huelva.

—De real orden se ha dispuesto se proceda á la inauguración del muelle de la Fregeneda por el gobernador de Salamanca ó por el ingeniero jefe de las obras.

—Dice un periódico que se están construyendo en el taller de máquinas de la Dirección general de telégrafos conmutadores de triple efecto que han de reemplazar á los que tiene ahora cada estación, y cuyo trabajo está tan adelantado que el juego que corresponde á la línea de Irún está ya para remitirse á su destino.

—El día 10 se dió á los gobernadores de provincia la siguiente noticia:

«Madrid 10 de julio, á las tres y cincuenta y cinco minutos de la tarde.—Sabedor el gobernador de Badajoz de que ayer se hallaban en Olivenza D. Sixto Cámara y D. José Moreno Ruiz, con el objeto de sublevar el Provincial, dispuso su persecución, en la cual Cámara murió de asfixia producida por el calor, y fué capturado Ruiz.»

—La esportación de vinos á puertos extranjeros verificada por la bahía de Cadiz durante el mes de junio, y procedentes de Jerez de la Frontera y del Puerto de santa Maria, fué la de 128.310 arrobas, que representan un valor de 8.534.533 rs. vn.

—El cable submarino con que se va á enlazar la isla de Menorca con el continente, partirá del

castillo de Monjuich, en Barcelona, y terminará en la fortaleza de Isabel II, en Mahon.

—El día 9 S. M. la reina se dignó recibir en audiencia particular á los enviados extraordinarios del presidente de la república de Haiti, encargados de entregar una carta de este á S. M., participando el restablecimiento de la república y su elevación á la presidencia.

—Acaba de crearse en Sevilla una Sociedad nominada *El Circulo de labradores*, que cuenta ya un crecido número de sócios.

—Recibimos noticias de desgracias causadas por el calor. Varios segadores murieron asfixiados.

—Se acaba de celebrar un convenio telegráfico entre el gobierno español y el prusiano.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Decididamente el circo de Price, en la calle de Recoletos, es el que, gracias á los esfuerzos de su excelente director, ha logrado fijar durante las calurosas noches de verano al inconstante público, que, á pesar de la distancia que tiene que recorrer, acude todas las noches á aplaudir las dificilísimas suertes en que se distinguen casi todos los artistas, tanto en los ejercicios ecuestres, como en los gimnásticos. Los hermanos Mariani, Frank Pastor, y la Srta. Kennebel, nueva artista con que ha sido aumentada la compañía, son los que mas se distinguen entre todos por la intrepidez, seguridad y fuerza con que ejecutan toda clase de suertes, á cual mas arriesgadas y peligrosas. Últimamente se ha ejecutado por los Sres. Mariani y Baldini el extraordinario ejercicio-gimnástico *La Horca trapecio*, el cual es notabilísimo por su difícil equilibrio y gran fuerza que para sostenerla necesita desplegar el primero de dichos señores. También en la indicada noche obtuvieron una completa ovacion los hermanos Mariani en el ejercicio cómico y gimnástico titulado *Los Zancos*, habiendo sido llamados á la arena cinco ó seis veces, y siendo sumamente aplaudidos por el público, que en su entusiasmo les arrojó varios ramos de flores. La Srta. Kennebel y Frank Pastor contribuyeron en gran parte al brillante éxito de la función, y á que el numeroso y escogido público que á estas representaciones asiste, saliese en extremo complacido.

Mr. Price ha puesto en conocimiento del público, que, aun cuando el tiempo esté lluvioso, no se suspenderán las funciones, por estar ya el local bien cubierto, y enteramente concluido.

En el teatro de Jovellanos, trasformado en un precioso jardín, han continuado las representaciones de la compañía de ópera cómica francesa, habiéndose puesto en escena la ópera en dos actos *Galathée*, en la que Mme. Ugalde, que desplegó en ella sus grandes dotes de artista, ha conseguido un señalado triunfo; sobre todo en el brindis del acto segundo, que tuvo qué repetir entre palmadas y bravos. El público poco numeroso, pero escogido, la hizo salir al proscenio concluida la representación de la ópera, demostrándole con sus simpatías que sabe apreciar y hacer justicia al verdadero mérito, donde quiera que le encuentra. Los demás actores, aunque no á la altura de Mme. Ugalde, contribuyeron por su parte al buen éxito de la función.

NUMA.

BIBLIOGRAFIA ESTRANJERA.

Les Avadanus, contes et apologues indiens connus jusqu'à ce jour, suivis de fables, de poésies et de nouvelles chinoises, traduits par M. Stanislas Julien, 3 vol. in-18°. Paris, Benjamin-Duprat.

Aparte del interés que ha de ofrecer á los indianistas esta curiosa recopilación, por hallar en

